

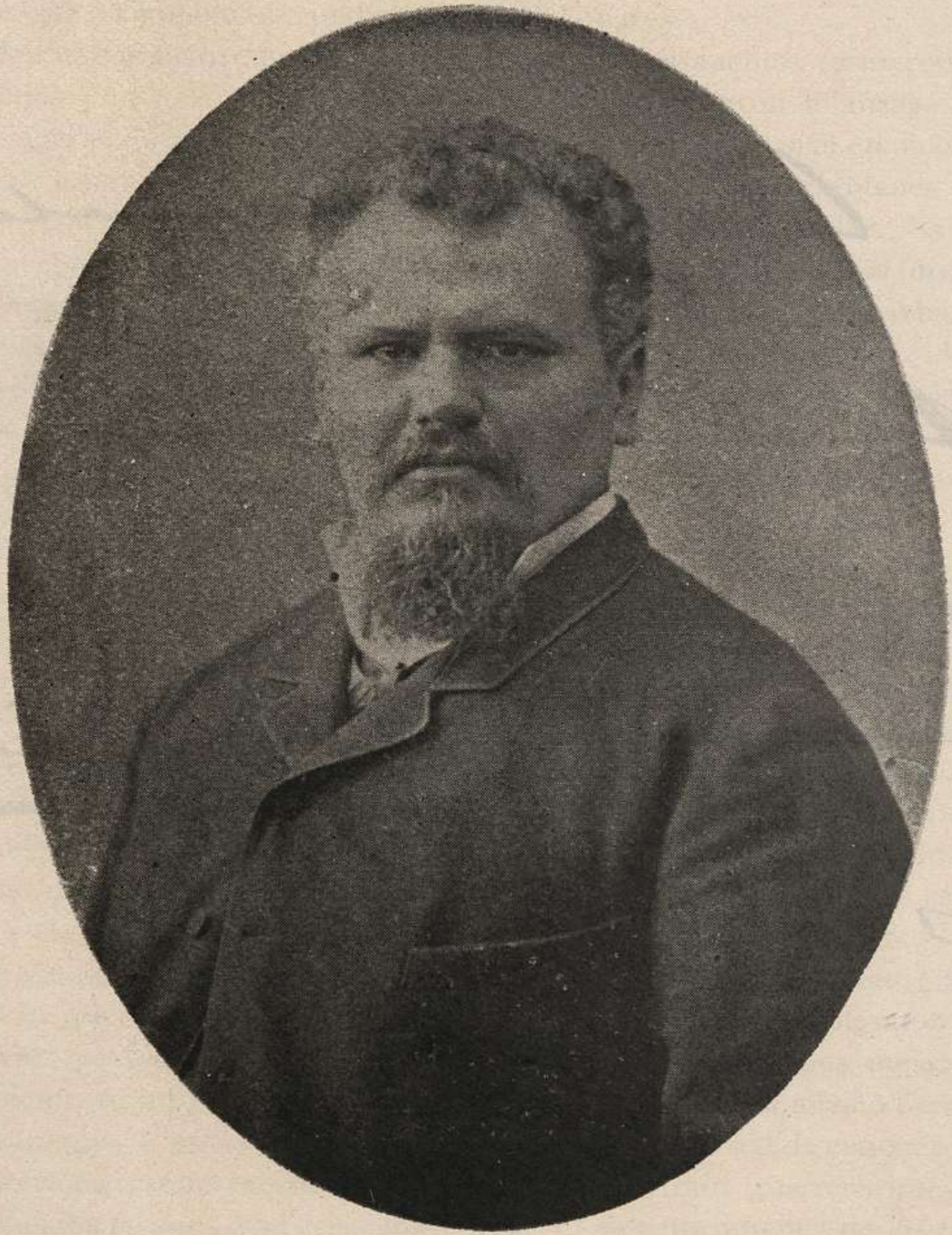
A Valentine

Our names ma-  
yor -

Yesto Sierra

June 22/81







ABRIL DE 1906.

---

# REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA

---

## DISCURSO

pronunciado por el Sr. Lic. Justo Sierra, Secretario de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la velada oficial verificada en el Teatro Arbeu la noche del 21 del mes pasado.

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORAS, SEÑORES:

Al elegir á un maestro á quien el Jefe del Estado confiriera la inestimable honra de colocarlo al frente de las escuelas nacionales, veo claro en el pensamiento de los organizadores de esta magnífica fiesta mexicana: creyeron que yo debía ser el intérprete de su devoción á Juárez, valiéndome de la voz de la tribuna, que es la que más pronto llega al oído y al corazón del pueblo, porque Juárez hizo de su existencia una enseñanza, porque su biografía es un tratado vivo de educación cívica.

Ni cívica solamente, sino moral, sino humana, porque muestra en complejidad creciente la acción intensa del medio sobre una voluntad, y la reacción de la voluntad sobre el medio, acción y reacción que no alteran, sino que tienen por resorte férreo

un carácter. Pedagogía excelsa, educación de rey, de un rey de sí mismo, de un hombre.

Tres hombres han acertado, en nuestra historia de pueblo libre, á encarnar la Patria en los tres momentos supremos de su evolución. Y los hombres serán discutidos; el servicio, el inmenso servicio es indiscutible: un iniciador, un reformador, un pacificador. Estos tres hombres no han caído del cielo como estrellas, como seres de un mundo superhumano, venidos de improviso y sin antecedentes necesarios á ejecutar un designio divino; son culminaciones, mas provienen de un levantamiento gigantesco de aspiraciones, de instintos oscuros, de exigencias conscientes de vida y libertad, de preparaciones lentas y premiosas, obra de otros hombres, de otros dolores, de otros heroísmos, de otras voluntades: en esos levantamientos sociales ellos son los vértices, las cimas, los pun-



tos de convergencia, las insuperables alturas; todo en nuestra historia, en lo pasado, los explica y determina; todo en lo futuro los demuestra; ellos son la resultante de una gran labor de la historia, la historia posterior que de ellos recibe forma, es una gran labor suya, no sólo suya, pero capitalmente suya.

¡Un iniciador, un reformador, un pacificador!

El Reformador fué Juárez. El, lo mismo que los otros, grandes clarividentes, sin duda, pero no creadores intelectuales, ha sido, como se expresa con denominación que nadie define y todos comprenden, un genio; su genio, como en este mismo sitio dijo en grandilocuente oración fúnebre un estudiante de derecho, «fué el genio de la voluntad.» Forjóse su mentalidad en la fragua de su carácter; en esa hoguera iluminó su inteligencia un «querer,» del que entra lentamente en conciencia, un querer que se agiganta y crece con los acontecimientos, una inmensa energía psíquica jamás inferior á su obra, una energía inmensa en la que se funden como en crisol incandescente, mezquindades, egoísmos, ambiciones, debilidades, todo lo que es humano, todo lo que ancla al hombre á la tierra en su aleteo perpetuo hacia un ideal. Tal ha sido la voluntad de esos hombres; por eso dan enseñanza, por eso, grabando bien su efigie moral en el intelecto de los que vienen, de los que suben, de los que aquí están ya, y de los que en apretada falange vienen tras ellos, se les proporciona la enseñanza típica, la que acrecienta la fuerza viril del alma.

Juárez nació, puede decirse, de una raza; porque nada había de él que no estuviera física y moralmente en su raza, nada que lo diferenciara de sus congéneres; es un hijo de la familia tzapoteca. Vagar en pos del rebaño, á orillas del lago, entre los naranjales, haciendo resonar pequeñas arpas

melancólicas formadas por él mismo, esa fué su vida; esa era la de todos los pastorcillos de las sierras oaxaqueñas. Su fuga á Oaxaca por temor de un castigo, por aspiración á una vida superior, fué el primer acto que le probó que era un hombre, que era una voluntad, que era un rebelde.

La iglesia lo acogió, lo enquistó en ella, bondadosa, rutinera, sin poesía apenas, sin ensueños; la vaga ansiedad del cielo, y el deseo firme de saber qué decían los libros de su protector, era lo que daba á aquel niño cuenta de sí mismo: pero el fondo de su alma, que, por la iniciación de una lengua nueva y en formas menos inferiores del culto, destacaba ya su individualidad propia de la personalidad colectiva de su raza, permanecía siendo lo que siempre será un indio, un sér religioso. Era un adolescente cuando tuvo su primer contacto íntimo con el idioma español y con los libros; idioma y libros lo unían más y más con el altar. Su protector, del altar vivía y al pie del altar murió; todo un infinito de devoción, de esperanzas, de sumisión y de fe, envolvía el alma de aquel niño, como á un átomo la inmensidad de la nébula cósmica.

Juárez fué siempre religioso; cuando llegó á emanciparse, la Patria, el Deber, la lucha por realizar un ideal de justicia y de razón, no fueron en él un fanatismo, no; no fué ni un alucinado, ni un profeta, fué un consciente, pero tomaron en su espíritu la forma de un mandato superior, de la obediencia á un decreto del Altísimo; y así han sido y serán cuantos sirvan de núcleo ó de guía á los hombres. Juárez fué un núcleo; pero puso todos los elementos constitutivos de la psicología de su raza, la astucia, el recelo, el tesón, la reflexión lenta, pero firme y decisiva, en la realización de la obra que cada vez tomaba ante él aspecto más complicado y grandioso,



ensanchando el horizonte del convento hasta convertirlo en el del Seminario, y el horizonte del Seminario hasta esfumarlo y perderlo en el del Instituto, en el del Estado, en el de la Patria, en el de los grandes ideales de libertad, de transformación política y social, que dieron á su empeño el alcance de una empresa humanitaria y mundial.

El acto decisivo en esta vida silenciosa y fuerte, nutrida toda de ideas simples y grandes, fué el paso del Seminario al Instituto, que pronto llegó á ser una escuela de «libertad,» por solo la circunstancia de ser una escuela de «derecho:» el Instituto de Oaxaca fué una de las cepas del partido del progreso, como la apellidaba el Dr. Mora, y preparóse en él rápidamente la evolución interna de Juárez: las ideas nuevas, sugeridas por sus lecturas y sus amigos, entraban dentro del molde secular de su alma, y lo que perdían en amplitud, lo ganaban en precisión y solidez; las fórmulas del gobierno libre que desde entonces estudió y defendió como verdades divinas, no oxidaban el inalterable hierro de sus creencias religiosas ciertamente, pero los componentes de la disolución futura se aglomeraban lentos, incontrastables. Si la pérdida de la obediencia á centenares de años de tradición y autoridad ha sido siempre en los hombres de reflexión reñidísima batalla, en la conciencia de un individuo de la raza que la Iglesia había hecho suya, en una de esas conciencias donde, sobre el granito de las sagradas enseñanzas se había erigido, molécula por molécula, el edificio de la fe, ¡cuán desgarradora y patética tragedia íntima debió de ser esa que precedía al acto de abandonar el templo, de mirar de hito en hito los soberbios muros que cobijaban las leyendas de la infancia, que se enredaban como hiedras de flores luminosas en las ménsulas, en los festones, en las co-

lumnillas gráciles de los altares de oro; allí donde habían batido sus alas los primeros éxtasis, y en las horas de dolor habían enjugado manos misteriosas las lágrimas primeras! ¡Cómo abandonar todo eso, cómo arrojar sobre todo eso una torva mirada de desafío y de cólera! ¡Cómo atreverse á levantar del suelo la piqueta demoledora, y alzar el brazo y descargar el golpe sobre aquel edificio inmenso que vibraba todo, que vivía, que lloraba. . . .!

Para Juárez no hubo, sin duda, en su tragedia, esta lucha entre la aspiración á un mundo que se ensueña, y la poesía del mundo religioso, que no es más que una infinita cristalización de ensueños, no; para él la lucha fué entre dos deberes; midió, pesó, y lentamente se decidió; se decidió una sola vez, sin un suspiro, sin un paso atrás: «¡el gran impasible!»

\*  
\*  
\*

Cuando muerto el federalismo que hacía tanto tiempo agonizaba, después de ensayos constitucionales, subrayados con sangre, por la segregación de Texas y Yucatán, un centralismo que era el paso liberal hacia una situación federalista, fué instituido por las «Bases Orgánicas,» Juárez creyó necesario aceptar un puesto político importante en su Estado natal; la política es el arte de transigir, ha dicho Gambetta, con tal de realizar siempre un punto del ideal perseguido: la primera dictadura de Santa Anna, con la que contemporizaron tantos liberales cegados por sus propias ilusiones respecto de aquel hombre que parecía siempre dispuesto á salvar á su país, que dejaba cada vez más hundido en el abismo, exigió de las conciencias honradas más de lo que éstas, entre ellas la de Juárez, debía haber consentido, y aunque la impureza queda consumida por el



fuego en que se acrisoló el bronce definitivo del gran repúblico, basta para mostrar que no hay dioses ni semidioses: no hay más que Dios —fuera de todo nuestro alcance— y hombres: de un hombre hablamos.

En los días negros de la invasión americana, ese hombre hizo su deber. La Reforma entera se basaba, no sobre el desarme del ejército, sino sobre el desarme del clero, privándolo de sus inmensas propiedades; era ésta, no sólo una capitalísima medida económica, sino política; así, la resistencia á los grandes pensamientos de igualdad con la abolición de los fueros, á la supremacía del poder civil por medio de la separación entre la Iglesia y el Estado, y á la conquista de la educación pública, suprimiendo las comunidades religiosas, sería fácil de vencer, y seguro el triunfo, porque faltaría al enemigo el alma de los combates.

Pero esto jamás pudo hacerse por simples razones económicas, y eran las fundamentales; por eso fracasó el intento del grupo inteligente y audaz que promovió la reforma en 33 con Gómez Farías. Pero en 47, un interés supremo nacional se complicaba con los propósitos del partido que entonces se llamó «puro,» y en el que se afilió Juárez; era necesario proceder como políticos y no como místicos; el reflexivo tzapoteca no fué nunca de la manera de éstos. Altos, altísimos fueron sus ideales, pero para ir á ellos no desdeñó ni las curvas ni los compromisos. El santanismo de los hombres de aquella época se explica por el convencimiento profundo de que para despojar al clero del dinero con que la Patria podía salvar su honra, ya que quizás no su vida, precisaba contar con el ejército, y no había oportunidad mejor que aquella en que el dinero substraído á la Iglesia iría todo al ejército.

Santa Anna era el ejército; ni el pueblo

ni el ejército podían sacudir la fascinación que aquel hombre ejercía sobre ellos; tras de mil veleidades de divorcio, volvían á él, lo odiaban un momento y lo adoraban siempre; la República para aquel seductor era una querida; la dejó manchada. Gómez Farías, el ilustre, integérrimo patriarca de los reformadores, era el primer santanista entonces; y lo fué Juárez —pero por la vez postrera,— cuando después de la reacción promovida por la guardia nacional en México en los instantes en que Veracruz sucumbía, y Santa Anna, que había querido abrirse paso hacia el Norte á través de Taylor, volvía en tropel de la Angostura vencido, más por la impericia que por el invasor, desconoció sus compromisos y pactó descaradamente con los agentes del clero, suprimiendo á Gómez Farías; la suprema revelación se hizo en Juárez; la incógnita quedó despejada de súbito; aquel hombre que había sido una esperanza porque había sido un enigma, quedó explicado para la conciencia del antiguo secretario del general santanista León; era un ambicioso, un ambicioso capaz de arrastrar en pos de sí á un pueblo, cierto, pero sin una idea, sin un ideal; la Patria, reflejando su luz sobre esa ambición, le dió alguna vez esplendores de oro en Tampico, en Veracruz. . . . pero fueron fulguraciones momentáneas; el ambicioso era lo sólo persistente, lo sólo primitivo; no tenía arrepentimientos, sino lasitudes; sus accesos de patriotismo se desleían en excesos de sibaritismo. Este tipo ha cruzado frecuentemente la historia: en la decadencia de la república romana se llamó Sila.

Juárez en Oaxaca fué un ambicioso también; ni se hace nada grande sin la ambición de hacer algo grande, ni para realizar esto hay medio mejor que el poder. Juárez, en medio de dificultades é intrigas obscuras, se dió bien cuenta de lo que que-



ría con sorda é incontrastable energía; quiso el poder en Oaxaca, y lo obtuvo. Y fué un gran gobernante en un pequeño gobierno; administró bien, bien en todá la extensión de la palabra. Procuró cuanto pudo por el Estado, llevando por norma el respeto estricto á la ley, y cuanto pudo por su patria, secundando las miras de los buenos gobernantes que tuvo México entonces; una federación no sólo de derecho, sino de hecho, dejando á los Estados toda su libertad, libertad empleada por los Estados en facilitar la tarea del gobierno central, tal fué el «desideratum» de los excelentes federalistas de aquella época, que parecía la preparación de una era de paz, y que sólo fué el preámbulo de una larga y pavorosa tragedia civil.

La conjuración de todos los malos elementos que los períodos de militarismo y de corrupción habían dejado, dió al traste con aquellas bonancibles perspectivas, y el partido conservador, que parecía destronado para siempre con la asonada de pretorianos y de clérigos que hizo pasar por los salones presidenciales al general Paredes, reapareció, organizado para el combate decisivo, por la prócer inteligencia de Alamán. Santa Anna complicó el programa conservador con su desapoderada dictadura, vió al país como cosa suya, se propuso mejorarlo materialmente y despojarlo definitivamente, erigió la fuerza militar en institución suprema, y dueño de un ejército gigantesco, creyó suyo el porvenir. Ni los mismos que hacen el porvenir pueden conocerlo. ¡Si Santa Anna hubiese entonces conocido el porvenir de Santa Anna! ¡Tan desolado y triste que se aflojan, al considerarlo, las manos que empuñan la espada de la justicia!

El dictador necesitó desarmar á los partidarios de la ley, cualquiera que fuese: de una constitución fuese cual fuere: de una regla, hasta de una regla de conducta po-

lítica; nada, el silencio, para oír bien las salvas y los tedéum. Y la prescripción: Juárez y Ocampo, aquél, personalmente odioso al dictador porque le había negado con mucha cordura la entrada á Oaxaca, en momentos en que todo derecho del individuo cede á una magna necesidad precomunal, y á Ocampo por liberal absoluto, porque conocía el odio ingénito en el preclaro michoacano á todo despotismo, en cualquiera de sus formas, religiosa, moral, política, social.

En derredor de Ocampo y Juárez, un grupo de liberales conspicuos se organizó en los Estados Unidos, viviendo de su trabajo personal, de trabajos humildísimos á veces; pobre, pero millonario de esperanza y de fe.

Un historiador, diremos mejor, un censor de Juárez, estupendo de talento y elocuencia, pero incapaz de ver nada sino á través de los cristales turbios de la pasión, que suele ser y que ha intentado hacer con Juárez lo mismo que Alamán hizo con Hidalgo, ha marcado bien la influencia decisiva que tuvo en el ánimo de Juárez su contacto personal con Ocampo.

Cuando el gran indígena se reunió al General Alvarez, durante la revolución iniciada en Ayutla, ya era un completo emancipado; del estudiante Méndez, que fué su iniciador en las ideas nuevas, al reformador Ocampo, la evolución había sido lenta, pero constante. ¿Cristiano? Probablemente no dejó de serlo nunca; en su raza, primero vencida, luego forzosamente oprimida, y al fin comprimida en una tutela que la mantuvo en el estado de infancia de que trabajosamente va saliendo y saldrá en la escuela, su redentora suprema; en su raza, era congénita la necesidad de creer en un juez infaliblemente justo que estuviese por encima de los jueces de la tierra, y sólo la religión del Cristo le ofrecía la plena satisfacción de esta necesidad funda-



mental en el espíritu del indigena, después de la conquista: la de que sus explotadores fueran implacablemente castigados.

Cristiano sí, pero independiente ya de toda sumisión á la Iglesia, que intentaba mantener con la desigualdad ante la ley, es decir, con *los fueros*, una preponderancia que imposibilitaba el advenimiento del poder civil.

\*  
\* \*

Al día siguiente de la caída de Santa Anna, los triunfadores se encontraron con un caos político y administrativo en torno suyo; para hacer en este caos la luz, se necesitaba recoger con mano firme el Gobierno, hacerlo sentir en la República entera, y esperar el gran *fiat* del partido liberal, que organizado en Congreso, promulgaba una constitución, la constitución definitiva, la que, efectivamente, por haber precisado nuestros ideales y por su maravillosa plasticidad, ha sido la constitución definitiva.

Pero era necesario, antes de todo, hacer sonar la campana del triunfo, de modo que se escuchara en todos los ámbitos del país, y revelar lo que para muchos era el secreto de la revolución, pronunciando las palabras irreparables que anunciaban todo un programa de transformación y de lucha, encerrado en una simple fórmula legal. A Juárez, al Ministro de Justicia de la victoria liberal, tocó decir esa palabra en la ley que suprimió lo que había en los fueros eclesiástico y militar de más interesante, lo que constituía lo positivo y substancial de los privilegios de entrambas clases. Con la ley Juárez, adoptada luego por el constituyente, el levantamiento popular tomó su carácter propio: fué una revolución, la que con la revolución de la independencia marca y señala la segunda etapa del pueblo mexicano en marcha hacia su destino.

En dos años se complicó aquel magnífico drama con una tremenda lucha civil, con una Constitución lanzada en medio de la tormenta en nombre de Dios, símbolo de la nueva religión cívica, izado como una bandera frente á la de los privilegios, á la de la tutela de la Iglesia, á la del pasado y del *obscurantismo*, como se acostumbraba decir entonces; se complicó con la vacilación patética del alma de Comonfort, y con el golpe de Estado y el plan de Tacubaya, y la reacción triunfante y la ascensión de Juárez al Calvario en que la ley había sido crucificada.

\* \* \*

El Vicepresidente de la República había dejado su gobierno de Oaxaca en manos de los nobles colaboradores de su obra; pocos gobernantes han merecido al par de él, el encomio que su sucesor, el ilustre Díaz Ordaz, hizo de Juárez cuando tuvo que dejar la magistratura de su Estado natal, que no debía volver á ver. La conspiración tramada por el Presidente contra la Constitución misma de que tomaba su origen, era un contrasentido tan manifiesto, que, á pesar de su puesto en el Ministerio, Juárez no pudo creer en ella: en la prisión despertó de su confianza y se preparó simplemente, sin volver una sola vez los ojos atrás, sin dudar un instante en obedecer á su conciencia, se preparó, decimos, á cumplir con su deber. Se había educado en este ejercicio á sí mismo; era un hombre de deber, fué el hombre del deber.

El, hombre civil por excelencia, al desaparecer Comonfort primero de la ley, y luego del país, se vió envuelto en un torrente de bayonetas y cañones, organizando gobiernos en las etapas de un ejército que desconfiaba de sí mismo y de sus generales, perseguido por las columnas au-



daces de los más bravos y temerarios oficiales de la reacción triunfante, acorralado por las asonadas y las deserciones, desarmando por la derrota, y colocado por un grupo de pretorianos traidores, frente á frente de un pelotón de ejecución.

La historia patria ha repujado en bronce un alto relieve en que aparece la eternamente impasible figura del Presidente, los ministros agrupados junto á él, los soldados tendiendo los fusiles homicidas, y el poeta, el Tirteo de la Revolución de Reforma, el gran rítmico que tendió su lira á todos los soplos de la naturaleza, á todos los gritos de la pasión, á todos los huracanes populares, el impiamente olvidado Guillermo Prieto, conteniendo el crimen con un ademán sublime, y acaso con el primer verso de un alejandrino épico:

«*Soldados, los valientes, los bravos, no asesinan.*»

Pero el episodio de Guadalajara fué un eslabón de una cadena de peligros, de vejaciones, de inquietudes atormentadoras.... El caso era éste: los principios, los dogmas, como llamaban á las cláusulas fundamentales del credo reformista aquellos apóstoles y confesores, triunfarían de seguro; en ello tenían fe ciega, la fe que les dió el triunfo. Pero para apreciar la tremenda lucha, era preciso conservar un centro de cohesión á aquella flotante masa de energía liberal, que sólo podía endurecerse en la brega misma y á los golpes severos de la derrota, porque se trataba de aniquilar al antiguo ejército, más deseoso que nunca de pelear, mejor que nunca bien dirigido, y que tenía por caja militar el tesoro de la Iglesia. Ese centro no podía ser más que uno, Juárez. Juárez mismo, porque en el naufragio de toda la legalidad constitucional, no había quedado más investidura que la suya, era la única que podía aparecer ante toda la República como bandera, la única semilla del futuro orden

constitucional que la Constitución misma preveía. Poner esa investidura á salvo á todo trance, hacerla inexpugnable, era el deber rudimental del Presidente y sus consejeros. Así lo hicieron por fortuna, por gran fortuna para la Patria.

Pero antes de emprender su éxodo á Veracruz, Juárez quiso dejar organizada, por decirlo así, la lucha futura en el interior del país, y se fijó en Degollado. Fué ese un acierto providencial: Degollado era un invencible; la derrota para él era un incidente pasajero; de sobre un montón de reveses acumulados sobre él por su falta de genio militar, por lo bisoño de sus tropas, por la indisciplina de sus jefes, él surgía con bríos mayores, con fe entera, y con un ejército nuevo (porque parecía que tenía ejércitos de reserva para el día siguiente de la derrota). ¿A qué se debía esto? A una de esas soberanas fuerzas morales que en las grandes crisis de la sociedad dejan de ser subterráneas, y vienen á la superficie en los mares removidos por el feroz conflicto de pasiones, intereses y creencias: esa fuerza, esa virtud, es el amor á una idea. Degollado lo poseía en grado excelso, en el grado del sacrificio, que era la temperatura normal de su alma. Eso explica el milagro de la improvisación de milicias á compás de la derrota, hasta organizar el ejército que otros más afortunados que él llevaron á la victoria.

Cierto, no es posible pensar en este hombre de abnegación y sacrificio, que tuvo, *mártir de la Reforma, el Monte de las Cruces por Calvario*, como dijo Juan Mateos, sin lamentar que nuestra generación, la mía, la que ha sabido glorificar á los hombres de la Revolución y absolverlos de sus errores humanos, cuando los ha sorprendido realizando el propósito de darnos la patria que hoy tenemos, sin deplorar que no haya levantado en sus brazos, que empiezan ya á cansarse, el ataúd



de Santos Degollado, y lo haya conducido entre palmas y cánticos é inciensos, al lugar en que duermen nuestros inmortales, adonde resplandezcan reunidos por la devoción de los mexicanos los lares de la República. Encargamos á la generación que viene subiendo en pos nuestra, que corrija severamente nuestro olvido, y desagravie á fuerza de admiración y respeto las grandes sombras que aún no ha cristalizado la patria en bronces ó marmoles imperecederos.

\*  
\* \*

Juárez en Veracruz se mantuvo á la altura de la misión que se había impuesto; sólo con ser invulnerable desbarató moralmente á la Reacción; como entidad viable, la Reacción había desaparecido ya cuando sus ejércitos fueron aniquilados en Silao y Calpulalpan. Todo el esfuerzo del Presidente, admirablemente secundado por los caudillos liberales, aun á costa de tremendos sacrificios, como el que tuvo por desenlace la tragedia pavorosa de Tacubaya, todo su esfuerzo consistió en ser invulnerable, en permanecer, en durar; su carácter se prestaba admirablemente á esta función vital.

La revolución era reformista, toda ella estaba animada por el aliento de la Reforma; á la cruzada católica que temerariamente predicaba el clero, respondía en las huestes, que suscitaba dondequiera el impulso de los reformistas, un gran grito de emancipación anticlerical, antirreligiosa casi; el espíritu de Ocampo y Ramírez soplaba sobre aquel caos de sangre y ruina. Faltaban las fórmulas precisas, las que definirían los *desiderata* del partido progresista en marcha, y Juárez, que no había vacilado un momento sobre esa necesidad, pero que se había reservado el escoger la oportunidad de satisfacerla, á mediados de 59 expidió el código que despojaba al cle-

ro de sus bienes, que disolvía las comunidades religiosas, que separaba el Estado de las Iglesias, que instituía el matrimonio civil. Juárez, poniendo el sello de su autoridad á aquellas leyes que estudiaban y preparaban sus magnos colaboradores, les daba ser y vida; las hacía andar.

Horrible pareció el atentado en el mundo reactor, y se sintió que en aquel inexplicable fratricidio, que se llamó "la guerra de tres años," iba á llegar el momento de jugar el todo por el todo. La situación del Gobierno legítimo era tremenda: las derrotas de las tropas reformistas se sucedían sin tregua: verdad es que eran derrotas educadoras, pero aplazaban la solución indefinidamente, y el peligro de una intervención extranjera se alzaba gigantesca en el horizonte. Precisamente las escuadras de las potencias que dos años después debían firmar la convención en Londres, de que nacieron la intervención y el Imperio, estaban en Veracruz, llenas, sobre todo la de España, de mala voluntad hacia el Gobierno Constitucional. La intervención europea pedida sin tregua por el partido reaccionario, podía formalizarse de un momento á otro, y en la Habana se armaba ostensiblemente una expedición que debía contribuir á debelar el inexpugnable asilo liberal. Los americanos también velaban con sus escuadras, y sólo esto contenía á España y Francia; ellos también querían una intervención, pero más rápida, más pronta, organizar un ejército que, aliado ó no con el de los constitucionales, se apoderase de México y restableciese el orden. El problema era formidable; aprovechar, contra todo lo que viniera del exterior, la decidida buena voluntad de los Estados Unidos, pero impidiendo que el Presidente Buchanan llevase á cabo su proyecto de expedición militar, sólo podía hacerse á costa de un enorme sacrificio. Este consta en el tratado



Mc. Lane: no era un tratado, porque como sabían muy bien el presidente y el senado americano, Juárez no tenía facultad para sancionar definitivamente los tratados. Pero era un compromiso: varios de sus artículos, ó prometen lo que á todos se concedía, ó establecen privilegios recíprocos, ó dejan el nacimiento de las condiciones en que los Estados Unidos podían poner en actividad su alianza, á la iniciativa de nuestro Gobierno; lo que significaba una amenaza muy grave para nuestra integridad nacional, era el condominio en Tehuantepec, y lo establecido en los artículos 6.º y 7.º Quienes tal cosa pactaban no nos obligaban legalmente á nada, pero preparaban un formidable conflicto para lo porvenir. Ciertó; mas primero era ser; ó el aniquilamiento del corazón de la resistencia constitucionalista, y probablemente la protección europea y la monarquía, ó la preparación de una gravísima situación en nuestras relaciones con los Estados Unidos. Juárez y sus Ministros optaron resueltamente por esto, y los buques americanos desbarataron en la escuadrilla de Marín la última esperanza de los reactivos para vencer la resistencia reformista.

Unos con vehementísimos y lógicos análisis, otros con insultos infames, acogieron el pseudotratado. La prensa, resplandor que todo lo ilumina, sombra que todo lo mancha y ennegrece; de donde parten todos los vientos, los más altos, y en la que circulan todas las serpientes, las más capaces de envenenar lo más santo y lo más puro; la prensa levantó un inmenso clamor. Resonó la voz de ira del patriotismo, y se oyó en la tiniebla el rumor de la envidia de cascabel. El partido liberal, seguro de sus jefes y confiado en el porvenir, se solidarizó con los firmantes del tratado. Y aun ahora. . . . Todos conocemos que fué un error, que fué una falta, que hubiera podido ser un crimen; todos tendríamos

á honor compartir la responsabilidad que de este acto resulta. . . . Y ninguno de nosotros vacilaría en sentarse en el mismo banquillo en que se sentasen acusados de leso patriotismo D. Benito Juárez y D. Melchor Ocampo. Y ya lo veis, el instinto popular no se engaña; se pueden apurar los razonamientos y las retóricas y las frases armadas de punta en blanco; nadie creerá en la nación mexicana, nadie, nunca, que Juárez fué traidor á la Patria.

\* \* \*

Al otro día del triunfo de la Reforma, la temida intervención apareció. Mientras toda la hez removida por tantos años de lucha flotaba en la superficie y lo obstruía todo, industria, comercio, seguridad, vida; mientras para dispersar para siempre los recursos del clero, se solicitaba el interés individual á fuerza de derroches y de prodigalidades que dejaban sin la esperanza de una sola entrada importante las arcas públicas; mientras el ejército liberal, convertido en un gran cuerpo de policía, perseguía á las hordas que enarbolaban la bandera de la guerra civil, parte de la Europa monárquica, prevaliéndose de nuestra incurable debilidad, de la falta de brújula política y financiera de nuestro gobierno y de la temerosa división entre los Estados de la Unión Americana que iniciaban una guerra íntima de colosales proporciones, tramó una conspiración para explotarnos, para protegernos, para someternos.

Imposibilitados para esperar ayuda de ninguna parte, obligados á contar sólo con nosotros mismos, teniendo en contra la opinión de las clases despojadas de sus privilegios y de la porción social en quien el celo religioso apagaba el amor á la Patria, era imposible librar solo á la fuerza física nuestra salvación; necesitábamos recurrir á la fuerza del espíritu para ganar



tiempo, con el objeto de suscitar el patriotismo; de irrigar hasta por el último canal vivo de nuestra sociedad cansada, la savia de la fe, del coraje, del odio, y del amor á la vez; de ganar tiempo para permitir á nuestra sola aliada posible recuperarse, vencer á los desmembrados esclavistas y hacer respetar por nuestros invasores el programa Monroe, y para ganar tiempo urgía, aun á costa de gravísimas concesiones, nulificar la intervención y, si no se podía, neutralizarla y dividirla en todo caso. Prodigioso fué lo que entonces trabajó el talento nacional, estimulado por Juárez, que luchaba contra todo y contra todos. La disolución de la triple alianza fué el primer resultado de nuestra diplomacia; el hacer estallar al pie de la confianza del ejército francés la gran mina de gloria del 5 de Mayo, que contuvo por un año la invasión y nos permitió confiar en nosotros mismos, fué el primer resultado de nuestra decisión cívica.

Napoleón III (jamás diremos Francia), obstinado inconscientemente en facilitar, como los personajes de la tragedia antigua, el cumplimiento de su hado, se empeñó en su obra mucho más nefasta para él que para nosotros, á quienes sirvió para transformar el programa de un partido en el credo de una nación. Gracias á la típica defensa de Puebla en 63, admirada hoy á porfía, se ganó otro año casi. Y cuando llegó nuestro primer gran desastre, el efecto en el país fué casi nulo durante muchos meses. Juárez, lejos de darse por vencido, suscitó la resistencia por doquiera; nuestros caudillos la organizaron, la sangre y el dinero de los invasores corrieron á torrentes, pero la República vivía, Juárez la representaba ante el mundo, el mundo lo veía, y, cuando el gran drama imperial mejicano parecía llenarlo todo con su esplendor, bastaba la presencia de Juárez para hacer comprender que

todo era efímero, que iba á pasar á hundirse en no sé qué espantoso naufragio aquella barca de oro de príncipe artista que venía en pos de un poema y se encontraba con la faz de bronce de la tragedia clavada en su porvenir.

Gracias á esta decisión, á este empeño de no ceder, de no aparecer cediendo nunca, cuando llegó la hora fatídica del fin de la guerra de Secesión, y el coloso americano se irguió ante el gran atentado de Méjico, pudo decir: la República mejicana vive, allí está. Ahí estaba Juárez.

Y entonces, para impedir la invasión de la inmensa masa armada americana que había quedado inempleada al día siguiente de la toma de Richmond, y para apresurar la retirada de los invasores, hubo necesidad, exangües y desarmados como estábamos, de buscar entre nuestros aliados naturales, armas, dinero y soldados, pero constituyendo todo ello ejércitos mejicanos sometidos á nuestro gobierno.

El programa que se había trazado Juárez desde el primer momento de la intervención, se cumplió entero, y en sus manos la espada de la victoria se tornó en la espada de la justicia. La República vencedora lo aprobó y sancionó sus actos con su voto, como en la República combatiente, en lo más tremendo de la lucha, había aprobado su resolución de permanecer en el poder, es decir, en el peligro, pero en la intransigencia y en la firmeza férrea ante el enemigo.

\*  
\* \*

¡Gran Padre de la Patria, viste el triunfo de tu perseverancia, de tu obra, de tu fe; en ese triunfo te dejemos; en esa luz de apoteosis perdurará tu memoria! Tu vida posterior no fué, no, indigna de tu gran época de luchador; hombre de go-



bierno, quisiste fundar una administración y vencer para siempre los elementos de la guerra civil, por tus armas primero, luego por leyes de sabiduría y de justicia; y trataste de levantar al pueblo mejicano, cuya substancia era tu raza, al grado superior á que tú habías ascendido transformando las condiciones del trabajo nacional, protegiendo las grandes empresas de progreso material; y á la plena conciencia de sí mismo abriendo de par en par ante su camino las puertas de la escuela.

Los impacientes de realizar ideales que sólo lentamente pueden llegar á la vida, protestaron armados y sañudos contra ti; muchos eran tus colaboradores, tus correigionarios; algunos habían salido de tus manos armados de su fe en la libertad y en la democracia; eran tus hijos.

Ese fué tu destino y en la lucha moriste. Periódicamente se levanta al margen de tu memoria la voz airada de la detración y del odio, en nombre de la Patria, en nombre de la Historia. Es inútil. Eso sólo sirve para sublimar tu glorificación y aquilatar tu mérito.

El partido liberal, que es hoy la Nación, en manos de ella ha puesto tu gran recuerdo. Y la Nación de mañana, hoy y siempre, oirá en cada conciencia de niño, en cada inteligencia que despierta, las divinas palabras maternas de la escuela laica, de la escuela nacional que cantará tus alabanzas, que bendecirá tu obra. Es justo que ya que no acertaste á vivir para

presenciar la resurrección definitiva de la Patria en la prosperidad y en la paz, asistas á esta gran época unido al cerebro y al corazón de cada mejicano que ame á su país.

Y nadie lo amó como tú; por eso nadie tiene mayor derecho que tú á que sus errores «le sean perdonados.»

Todos estamos contigo, será inútil injuriarte ó rebajarte; la diatriba será un remusgo que hará espuma en torno al arrecife incommovible, y pasará y morirá.

Celebrando los ritos de nuestra religión cívica, cada generación, al partir, dirá á la generación que se levanta y llega: «Perseverad como él, quered como él, creed como él»..... Y le entregará la antorcha de inextinguible luz.

Todos estamos contigo; el día que el Pacificador, el gran adversario de tus postreros días de lucha, llevó reverente á tu mausoleo la corona del recuerdo nacional, todo lo pasado quedó en la sombra y surgió definitivamente al sol tu ideal y tu gloria. Sea ella el símbolo de unión y de concordia; sea un ara en que fraternicemos los mejicanos. Todavía será turbada la paz del reposo augusto, que ganaste bien, perenne batallador; pero no podrá nadie arrancar tu nombre del alma del pueblo, ni remover tus huesos en tu sepulcro; para llegar á ellos será necesario antes hacer pedazos la sagrada bandera de la República que te envuelve y te guarda.



J. VELAZQUEZ '20



"BRUNHILDA."—Fidencio L. Nava.



Para la exposición que los pensionados mexicanos harán en París en el presente mes de Abril.





## DE MI PROXIMO LIBRO "ELECTA"

### I

#### AL VIENTO Y AL MAR

Poco sé decir,  
poco sé pensar:  
Al viento y al mar  
les voy á pedir  
mi nuevo cantar.

Al viento y al mar.

\* \* \*

Al agua y al viento  
fio el pensamiento  
de mis nuevas rimas,  
(oh Mar, cuéntame un cuento!)  
A la onda enorme  
y á la racha informe,  
A cimas y á simas. . . .

\* \* \*

Oh Viento, compadre  
de mi veleidad,  
oh gran onda, madre  
de la humanidad,  
quiero viento y onda  
vuestra poesia!  
(Viento, cuéntame un cuento!)  
Oh mar, dame un ritmo de belleza rara,  
dame tu sal para  
mi desabrimiento  
y un rumor que arrulle mi melancolía....

AMADO NERVO.





## A JUAREZ, EN SU PRIMERA FIESTA SEGULAR.

Panegírico pronunciado en el Teatro de los Héroes de la ciudad de Chihuahua  
el 21 de Marzo de 1906.

".....Tienen por tumba un altar; no se les llora: se recuerda su gloria..... Su sepultura no teme las profanaciones del tiempo, domador universal."

SIMONIDES.

"..... No hay felicidad sino cuando se obedece, no á la amenaza de un hombre, sino á la orden de la ley; no hay libertad sino cuando se teme, no ser ausado, sino ser convicto; no hay seguridad para las personas sino cuando nos sentimos, no entre las manos de los que adulan á los amos y calumnian á los conciudadanos, sino bajo la garantía tutelar de las leyes....."

HYPÉRIDES.

SEÑORAS, SEÑORES:

Si mi voz suena vacilante y casi trémula de emoción en la tribuna de mi tierra natal, es, primero, por un profundo sentimiento que en presencia de esta ciudad se apodera de mí resucitando la dulce tristeza de mis memorias infantiles, y llenando mi corazón de desbordante gratitud á todos los que me habéis llamado para que diga, con verbo de amor y de gloria, el panegirico de Juárez; y, en segundo lugar, por el respeto que la majestad del pueblo impone á quien no quiere adularlo ni engañarlo, sino decirle la verdad que nunca daña, y señalarle el ideal que, elaborado por el dolor de la vida y por la sangre de la historia, hace que la vida sea santa, y la historia sea venerable. Después de tantos años de ausencia os



J.R.  
-1903-



acordáis de mí todavía, y me designáis al más solemne cargo que los ciudadanos de una nación libre puedan confiar á un ciudadano libre. Gracias, amigos míos! Grande es el honor, más grande aún la bondad vuestra; y procuraré no ser indigno del uno y de la otra, hablándoos con palabra honrada y veraz.

En esta tierra heroica consagrada á la gloria por el martirio de Hidalgo, mis padres me enseñaron, siendo yo muy niño, una cosa sencilla y admirable: que Juárez era un hombre que había salvado á la Patria. Y desde la infancia amé á Juárez, porque mis padres lo amaban. Después, en el estudio incesante de mi juventud ávida y curiosa, los libros y la palabra de maestros sabios y buenos me hicieron conocer la figura del gran mexicano en su realidad histórica; gracias á esas enseñanzas, logré comprender su vida accidentada y trágica, penetrar al fondo de su espíritu sereno y noble, apreciar sus actos rectos y firmes, definir su papel y determinar su puesto en la vida nacional; y mi amor inconsciente de niño, se trocó en el amor exaltado del joven que con entusiasta pujanza justaba contra los calumniadores de Juárez, para transformarse, al fin, en el amor plenamente reflexivo del hombre que sabe que todos los calumniadores no son sino los miserables esclavos de la verdad y de la virtud, que creen destruir y construyen, que piensan opacar y lustran, que se proponen manchar y limpian, pues en justo castigo de su audacia y rebeldía, tienen el tormento de mirar que el lodo perecedero con que amasan sus envidias, se les convierte en sus propias manos en la arcilla eterna de las glorificaciones humanas, como se convierte cada gesto de Satán en una sonrisa de Dios! Al volver á esta tierra magnánima que es mi orgullo, á estos benditos lugares para los que anhelo todos los bienes del pro-

greso humano, adonde el Benemérito llegó --ileso del ultraje, encarado á la adversidad, sin haber perdido á lo largo del camino hostil una sola esperanza-- trayendo envuelta y custodiada en su fe á la República, y donde encontró aliento y apoyo y corazón, repito emocionado y reverente las palabras de verdad que me enseñaron mis padres: Juárez fué el salvador de la Patria!

Si, palabras de verdad que justifican el apoteosis. A medida que el tiempo pasa, Juárez asciende como un astro de vida en la conciencia nacional. Cada día, el amor que el pueblo le profesa se depura y crece. La fecha de hoy es una fecha sagrada. La Patria cumple un deber religioso, y lo cumple magníficamente. Lo que hacemos ahora, lo que en estos momentos se conmemora en la extensión del país, es más que una fiesta, es más que un acontecimiento. Lo que celebramos es el natalicio de la República, de nuestra República, de la República mexicana. Por eso, todas bocas pronuncian con amante respeto el nombre definitivamente divino del Patricio. En la tribuna, en el libro, en la prensa, en la escuela, en el hogar, el pensamiento lo evoca y el corazón lo resucita. Los niños aprenden la historia de su vida, los jóvenes la estudian, los viejos la recuerdan. La poesía y la historia, musas hermanas, enaltecen á Juárez ante el altar de la patria resplandeciente de purísimo fuego. Así, en las solemnidades de Atenas y de Olimpia, Píndaro cantaba con acentos de victoria las hazañas de los héroes, y Herodoto leía ante el pueblo palpitante las historias de las ciudades gloriosas.

Juárez fué una de aquellas almas complejas y ricamente dotadas de la más alta humanidad, como sabe darlas la gente nuestra en sus producciones fatales; y es el más popularmente glorioso de los me-



xicanos, porque él, más que ninguno otro, sintió y reflejó el suplicio moral de la patria; porque él, más que ninguno otro, creyó en la patria; porque él, más que ninguno otro, tuvo la seguridad de que nos restituiría la patria; porque él, más que ninguno otro, adivinó el porvenir de paz y de trabajo de la patria. Los que creen que la psicología de Juárez es una psicología elemental, de breves caracteres simplistas entre los cuales predomina la pasividad, se engañan lastimosamente: pretendiendo destruir lo que llaman con desdén "la leyenda de Juárez," no han logrado más que sustituirla con otra, "la leyenda del hombre inerte," del héroe por fuerza. Esta sí es una leyenda; y pobre y estéril; no la anima la historia, ni la decoró el arte, ni la fortalece la ciencia. Y creyendo haber roto en mil pedazos la figura del Benemérito, dicen enfáticamente que son obreros del progreso y de la civilización, porque la verdad no le hace daño á nadie. En esto, opino como ellos, por lo cual creo que lo que dicen no es la verdad. Concepción por concepción, prefiero á la de estos «sabios» la de alguno que otro pobre de espíritu, que aún se imagina que Juárez es la encarnación de Satanás. Esto, á lo menos, es más poético y menos ofensivo á la memoria de Juárez.

Evocad un instante, señores, la popular figura típica del Patricio. Ante ella, queramos ó no, nos sentimos en presencia de un poder, de una fuerza, de una fascinación. Si hablara, obedeceríamos. Su banda tricolor de Presidente cruzada sobre el chaleco, impone más que la espada heroica del general Zaragoza. Su cabeza ancha y robusta, vigorosamente apoyada sobre las espaldas inflexibles, denota la firmeza de una alma franca y resuelta; en su frente, que tiene el severo horizonte de los cielos de Anáhuac, parece que un pensamiento de libertad abre al vuelo sus alas de

águila; sus ojos de mirar hondo y benigno, son de quien transforma el presente y lo domina; y sin embargo, el que mire bien su figura estupenda, sorprenderá entre ceja y ceja, en la contracción de los severos lineamientos, una sombra de fatiga y de tristeza. No es la fatiga de los innumerables combates, no es la tristeza del deber desfalleciente ó del ideal expirante, no: es la experiencia de los desengaños, es el sentido de la vida cruel, es el dolor de la ingratitud de muchos, es el conocimiento amargo del mal humano que se encaja como un clavo de lumbre en el cerebro de los grandes y de los buenos; pero que ellos, por mucho que sufran, lo disimulan con el esfuerzo de la sonrisa ó con el heroísmo de la impasibilidad.

Para ser grande, es preciso que el hombre logre hacerse dueño de sí mismo. Dentro de nosotros habitan nuestros más terribles enemigos; el que sabe combatirlos y vencerlos, hace más por la gloria, según el juicio de los sabios, que si conquistara el universo. No domina á sus semejantes sino el que ha dominado ya dentro de su propio espíritu las pasiones en una lucha en la cual se cree morir de angustia y de dolor. . . . He aquí lo que puede la fuerza del alma: es capaz de amplificar el genio y de dar energía y vigor á todas las otras virtudes; llega hasta suplir las que nos faltan, porque el que no sea ni valeroso, ni justo, ni moderado por instinto, logrará serlo por la razón apenas haya sujetado sus pasiones y vencido sus prejuicios, convenciéndose de que no es posible hacer la felicidad propia sino trabajando por la felicidad de los demás. Las otras virtudes nos libran de la dominación de los vicios, dice Bacon; pero sólo la fuerza de alma nos protege contra la tiranía de la fortuna. En efecto, ¿cuáles son las virtudes que no necesitan de determinadas circunstancias para poder manifestar sus santas



obras? ¿De qué sirve la justicia con los tiranos, la prudencia con los insensatos, la temperancia en la miseria, la honradez en la opulencia? En cambio, todos los acontecimientos y todas las situaciones dan hopra y prez al hombre fuerte, la felicidad y la adversidad sirven igualmente á su gloria, porque es rey y soberano lo mismo atado con cadenas de presidio que erguido sobre el pueblo en las alturas del trono. El hombre no es del tamaño de su fortuna, sino del tamaño de su virtud. El martirio de Cuauhtémoc pesa más en la historia y en la moral que las épicas hazañas de Hernán Cortés; y si Sócrates hubiera muerto en su lecho, quizá se creyera hoy que no había sido más que un hábil sofista.

Juárez fué uno de estos hombres fuertes de alma, igual á sí propio y á la altura de su misión siempre —lo mismo en las tempestades que en las treguas, lo mismo en la derrota que en la victoria.— Su inteligencia tuvo errores, pero su voluntad no padeció flaquezas. Por eso fué el conductor del pueblo. Sin púrpura, sin espada, sin corcel guerrero, sin casco refulgente, sin los atavíos sangrientos y fascinantes de un Alejandro que arrastra á las multitudes á la hecatombe, Juárez, con su democrático frac de magistrado, hombre de ley y de paz, humilde y tranquilo, se puso frente á la agresión y á la traición con una sola arma en sus manos omnipotentes: el Derecho! En esta lucha, el Emperador francés representaba la barbarie y Juárez representaba la civilización. La pobre cabaña de Guelatao venció en dignidad, en honor, en humanidad, al trono brillante de Versailles. En el «Reino de Dios,» que es el reino de la justicia, Juárez es grande y Napoleón es pequeño. El continente europeo se estremeció de horror cuando el castigo nacional puso de rodillas á Maximiliano frente al cuadro de

Querétaro; y, ¡oh ironía! Europa hubiera aplaudido con regocijo si el enemigo cuelga á Juárez como á un bandido. Y ese bandido, señores, Europa ya lo sabe y lo dice, era la ley, era el derecho, era la justicia, era la Patria sacrosanta!

Fué Juárez una fuerza, pero «una fuerza civil.» La obediencia á la espada es fácil, sobre todo en países jóvenes y belicosos; la obediencia al magistrado es difícil, porque es fruto de lenta y de larga cultura. El prudente Néstor no hubiera podido conducir el ejército de Agamemnón. ¿Por qué Juárez fué nuestro generalísimo? ¿por qué las armas se inclinaron ante la toga? ¡Ah, señores! digamos la verdad: para que el ejército liberal, para que sus meritísimos jefes, hayan reconocido en Juárez al Presidente de la República, y lo hayan respetado y obedecido como viva encarnación de la Patria, es porque el ejército liberal era muy patriota y porque Juárez era muy grande. Juárez dió al mundo un ejemplo del valor de que más necesita ahora el mundo: el valor civil, que es el valor de vivir, y del cual es tan sólo una forma el valor de morir. ¡Valor fecundo! ¡valor de progreso! ¡valor de civilización! ¡Virtud la más alta de las virtudes humanas! Los héroes de la vida valen más que los héroes de la muerte. Bonaparte, en el campo de batalla, y entre clamores demoníacos de asesinato lívido y de gloria roja, siega millares de existencias; Pasteur, immaculado de modestia y de virtud, en su laboratorio tranquilo y puro como un nido, hace florecer y cantar la vida universal!

Si Juárez tuvo genio suficiente en su corazón para defender á la Patria y salvarla, tuvo genio quizá mayor en su cerebro para elaborar la Reforma. ¡Y en qué condiciones! En plena tormenta, en medio de las angustias, de las desilusiones, de los combates, de las derrotas; cuando cada momento era un peligro; cuando los cuer-



pos no conocían reposo; cuando los espíritus no podían dormir; cuando el huracán revolucionario que derriba tronos firmísimos azotaba con furia creciente las espaldas del grupo nómada de los inmaculados; cuando desplegabá en nuestro cielo el orgullo de sus colores la bandera francesa con que la victoria estaba acostumbrada á envolverse en gloria; cuando el incienso de la iglesia acariciaba la barba de oro del bello Emperador. . . . . Juárez legislaba, legislaba para el porvenir, formaba la Patria nueva, pacífica, rica, ilustrada, que ama la justicia, que venera á sus padres, que corona de bendiciones el trabajo, la Patria de que ahora nos enorgullecemos, porque sabía que ella, como Aquiles, sólo era vulnerable en el talón, y el talón era él, Juárez. ¡Oh, sí! un pueblo que marcha al combate con la firme certidumbre de que puede perecer, pero que no puede dejar de ser libre, es rara vez vencido. ¡Dios lo guía!

En república buena es aún lícito no avergonzarse de Dios; de él, óptimo, máximo, conviene que derivemos nuestros comienzos y nuestros auspicios, como acostumbraban hacerlo los antiguos de Roma la grande y de Grecia la bella. Odio viejo á una superstición tiránica y orgullo nuevo de observadores demasiado fiados en las conquistas de la ciencia, han deseducado á las gentes de la idea divina; pero ni la maldad de un clero corrompido ni la vanidad de los sofistas frívolos secuestrarán á Dios de la historia. Dios, la más alta visión á la cual se levantan ardientes de fe los pueblos en su juventud; Dios, sol de las mentes sublimes y de los corazones esforzados, pasa á través de todas las formas de todas las religiones, único y universal. Y así como á él se alzan, naturalmente dirigidos al cielo que es su mansión infinita, los ojos y los votos de los fuertes, buscándolo é invocándolo como vengador y como

juez, mientras los brazos empuñan la espada contra los tiranos y los opresores, así él ama y protege á los pueblos que viven y obran y combaten por la libertad. Es él quien inspira el triunfo en las trombas de Josué; es él quien empuja en el mar Egeo las naves de Temístocles; es él quien anuncia al padre Hidalgo su misión de sangre y de libertad; es él quien suena la diana en los clarines del 5 de Mayo sobre el fuerte de Guadalupe; á él es, antes y después de la victoria, ante quien se inclina, inmaculada de diadema, la frente puritana de Washington; y á él es á quien Dante Alighieri, hablando á los muertos y á los vivos, consagra el más alto de los cantos humanos que surca como un río de luz la barbarie de la edad media y la rompe! En donde y cuando firme y serena esplende la idea divina, allí y entonces las ciudades surgen y florecen; en donde y cuando vacila y se obscurece, allí y entonces las ciudades decaen y se corrompen. Dios estuvo con el nacimiento de nuestra República, ¡oh ciudadanos!

Juárez tenía á Dios en la conciencia al proclamar la independencia de la Iglesia y el Estado y al sancionar la libertad de cultos, porque la Divinidad no puede ser esclava de las religiones que son obra de los hombres. Su percepción precisa y completa de la realidad, su visión exacta y lúcida de las cosas, su conocimiento rápido y seguro de los hombres, le dieron la imagen del porvenir, pues pudo penetrar con su mirada más allá de donde llegan las inteligencias comunes, advirtiéndolo en el presente el juego de las energías evolutivas que debían transformarlo. En este sentido puede decirse que se adelantó á su época. Los genios son los visionarios de la realidad. Sus ideales no son sino las consecuencias últimas de las causas que se agitan en la elaboración del progreso. En donde todos ven caos, ellos miran or-



den; en donde todos se extravían, ellos caminan seguros; en donde todos dudan y vacilan, ellos creen y afirman; en donde todos tiemblan, ellos se fortalecen; en donde todos destruyen, ellos fabrican. Por eso son creadores, creadores de vida y de civilización. Su locura sublime es el genio de la humanidad; y la humanidad, como dice Anatole France, lentamente, pero de una manera segura, realiza los sueños de sus sabios.—Habiendo dado al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, Juárez creó el Estado moderno que debe ser libre para poder ser justo, y abrió el cielo infinito á todas las religiones, como la cúpula eterna de la catedral humana en la cual se juntan y fraternizan los dolores y las esperanzas de las almas en la plegaria univesal del amor y del perdón! El Estado cumple su deuda de gratitud elevando á Juárez el monumento que su gloria merece; la Iglesia sabe los bienes que á Juárez debe; pero ¡ay! herida en sus intereses terrenales y percederos, no quiere confesar los beneficios que el Reformador, como un cruzado de Cristo, hizo á sus intereses divinos y eternos. Y durante medio siglo, del altar ha brotado el anatema. Pero Juárez, superior de cien codos á las pasiones rugientes, con la mirada honda y benigna de sus ojos puesta en el porvenir, profeta laico, sólo pensaba en nosotros, en los niños, en los que no nacían aún, todos hijos suyos, para á todos legarnos la bella obra de su fe, de su deber y de su ideal. Nos habíamos libertado de España, es cierto; pero no del espíritu español. No pudimos sacudir con las cadenas los vicios coloniales. Antes que Juárez, nobilísimos pensadores mexicanos precursores de su obra, entre los que descuella el Dr. Mora, habían comprendido la situación del país, sabían cuál era su dolencia y cuál el remedio, y anhelaban la Reforma. A Juárez le cupo la suerte y la gloria de hacer viables

esos pensamientos y de realizar esos ideales. El transformó la economía antes estancada del país con leyes sapientísimas de incalculable alcance, y que son la justa admiración del historiador y del filósofo, pues de ellas deriva como de orígenes fecundos, como de fuente inagotable, nuestra actual prosperidad material, causa á su vez del orden administrativo y de la paz pública; él nos dió las garantías más amplias y más altas á que puede aspirar un ser humano en la plena conciencia de su dignidad y de sus derechos sociales; á él debemos la libertad superior del pensamiento y del culto, sin la cual los pueblos se asfixian y se endurecen, y con la cual abre su cielo indefinido el combate de vida de las ideas con el progreso de las ciencias y el esplendor de las artes; y él dejó puestas las bases para que pudiéramos construirle con el tiempo una mansión de respeto y de honradez á la justicia, palacio ideal de mis aspiraciones en cuyo pórtico brillen con luz indeficiente estas palabras de sublime brevedad: «el respeto al derecho ajeno es la paz.» Como veis, es enorme la vitalidad de la obra de Juárez; todavía no acaba de rendir todos sus frutos. El árbol que plantó parece tener verdores inmortales.

Y ahora, seguid ¡oh críticos! insultando á este hombre de libertad, el más grande de los mexicanos: no podréis arrancarlo del corazón de la Patria sin arrancarle á la Patria el corazón! Sus errores han desaparecido, sus defectos se han olvidado; quedan sólo sus virtudes en la suprema depuración del amor. Y esto es justo, y esto es debido. El instinto del pueblo, que es el genio de la raza, sabe más que vuestra sabiduría, ¡oh críticos! Vosotros disecáis, confundis el esqueleto con el hombre, y creéis que el error, sombra de la verdad, es la verdad misma. Sois buenos lógicos, eso sí; con la lógica sola es muy



fácil demostrar que la flecha lanzada al aire está inmóvil en el aire. El diablo también es un lógico excelente, porque tiene el espíritu sutil. Por eso, en vuestro árbol de ciencia no brillan las flores ni cantan las aves del Paraíso. Vuestro espíritu sólo da lo que tiene: arideces de páramo, fuego infecundo de arenales, fórmulas vacías, impotencias rabiosas. . . . Para ser historiadores os falta el amor, os falta la poesía, os falta el numen. Sólo las almas inspiradas y simpáticas pueden penetrar, comprender y sentir el misterio de las almas ajenas, y restituir en su integridad al hombre vivo, con su carne, con su sangre, con su dolor, con su ideal, con su gloria. La historia resucita; y vosotros no sabéis hablar con los muertos, ni despertarlos de su sueño. No sois sino los gusanos de las sepulturas de la Historia. . . .

SEÑORAS, SEÑORES:

Los pueblos embalsaman en su memoria á los difuntos magnos, y con la fantasía inquieta y soñadora los despiertan de las tumbas y los revisten con sus afectos; y dicen y ruegan y ordenan á las sombras gloriosas: Adelante, adelante, ¡oh padres, al combate! Y nuestros grandes muertos, desde el fondo de sus urnas, han predicado siempre en voz baja, no han enmudecido nunca. Los soldados del Emperador francés llenaban las calles de las ciudades con el ruido de sus sables y el orgullo de sus uniformes; pero en la noche, los héroes vigilantes del antiguo tiempo se aparecían á los vivos como los nobles genios del porvenir; sus sombras sin reposo se acercaban á tocar los corazones de los luchadores, y no permitían que nadie durmiese. Aquí, en esta tierra magnánima que es mi orgullo, en estos benditos lugares para los que anhelo todos los bienes del progreso humano, adonde Juárez llegó trayendo el arca de la República

apretada contra su pecho, una Sombra blanca platicaba con él en las noches de soledad y de tristeza:

—Yo hice de la humilde Virgen del Tepeyac una amazona guerrera contra los tiranos, y su dulcísima faz flotaba en mi estandarte sobre los estragos de la lucha; con mi mano blanca de sacerdote, que sólo sabía bendecir y mostrar el crucifijo al arrepentimiento, empuñé la espada y di muerte á los opresores de mi patria; la iglesia me excomulgó por impío, y sobre mi cabeza lanzó anatema; pero yo sabía que Dios me amaba y me inspiraba; sufrí persecución, odio y tormento, y mi voz moribunda decía: ¡perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen! Mi pueblo, tu pueblo, me decreta honores todos los años; la campana con la cual llamaba á la oración y con la cual llamé á la guerra, es hoy un monumento nacional. Y las ofrendas de amor del pueblo me son muy dulces. Ahora que la patria que mi sangre te legó está oprimida, librala, no la dejes perecer, yo estoy á tu lado, yo te animo. Expulsa al extranjero. Sé inflexible con el crimen; pero sé benévolo con el error. Los hombres no podemos, como Dios, perdonar á los delincuentes; pero sí podemos excusar á los extraviados, porque la piedad no está reñida con la justicia. Pocos son los que hacen el mal con la conciencia del mal. Muchos son los que hacen el mal por ignorancia ó por flaqueza. La humanidad es más ignorante que perversa, más desgraciada que culpable. Los que te atacan es porque no te conocen; cuando te conozcan y sepan con cuántos sacrificios y con cuánto ideal trabajas en la obra de redención de tu país, te amarán como á mí me aman.

Y el señor Juárez, con las manos cruzadas por detrás sobre los faldones de su casaca democrática, se iba lentamente por las calles silenciosas, con una aurora dentro del alma!



Los poetas germanos cantaban al Emperador Barbarroja dormido en su castillo subterráneo, hasta que los cuervos revoloteaban sobre su frente, y hasta que, cayéndosele de las manos la espada y golpeando el pavimento, le advirtiese que había llegado la hora de restablecer el sacro imperio. Si algún día —¡Dios no lo quiera!— nuestra nacionalidad pelagra; si somos de nuevo víctimas de la agresión y del fraude, entonces, en el panteón de nuestra historia, las tablas de la ley se caerán de las rodillas de Juárez, advirtiéndole que ha llegado la hora de salvar otra vez á la Patria: y el grande hombre despertará de su sueño, y vendrá á nosotros, y ¡oh! sintiéndole á nuestro lado, aun cuando una mano férrea nos sujete y nos torture el cuerpo, tendremos, como él, puesto el espíritu en la esperanza y clavados los ojos en el cielo!

Chihuahua, Marzo 21 de 1906.

JESÚS URUETA.



El número más culminante del programa, la más hermosa nota de arte, que debemos al literato insigne, al inimitable orador, gloria legítima no sólo de Chihuahua, sino de la América latina, á Jesús Urueta, en una palabra. Su Panegirico de Juárez, es el más hermoso discurso que en los años que tenemos de vida se ha pronunciado en Chihuahua; vean los lectores esa joya de valor inmenso que «El Norte» se

complace hoy en colocar en lugar de honor. Desde que Jesús Urueta se puso de pie, todos los corazones palpitaron aceleradamente, y un aplauso saludó al meritísimo tribuno; después, no hay palabras que puedan dar idea del cúmulo de sensaciones que el Lic. Urueta produjo en el auditorio; el gesto, el ademán, la voz, todo convencía, todo animaba; la concurrencia electrizada, prorrumplía continuamente en aplausos y bravos, la ovación hará época; después tuvimos la honra de sacar en triunfo al orador insigne; al aparecer en el vestíbulo el Lic. Urueta, lo aclamó la multitud, las señoras; los niños, los altos personajes y los humildes jornaleros, todos se disputaban la honra de abrazar al chihuahuense ilustre; en estos momentos, el entusiasmo era desbordante; la multitud siguió aclamando al Lic. Urueta hasta el Casino Chihuahuense, donde sus amigos tomamos á su salud una copa de champaña.

Agregue el Sr. Urueta nuestra felicitación calurosa y sincera á las innumerables que ha recibido.

El Sr. Creel, alma de la celebración del Centenario en Chihuahua, y sus dignos colaboradores, deben estar satisfechos; todas las clases sociales respondieron espontánea y jubilosamente á su llamado; el pueblo de Chihuahua ha demostrado una vez más su cariño y su veneración al indio inmortal de Guelatao, cuya estatua se levanta entre las verdes alamedas, bajo el hermoso cielo azul de la ciudad histórica!

De «El Norte,» de Chihuahua.





## "LE PAS DE QUATRE"—FIDENCIO L. NAVA.



Para la exposición que los pensionados mexicanos harán en París en el presente mes de Abril.





## EL IXTACCIHUATI.

¿Qué misterioso y solemne sacerdote  
de testa ornada de plumas, dió á tal grandeza,  
á tal majestad y fiera quietud el mote  
sintético que á la luna y á la pureza  
del día, y de las nubes dentro del llanto  
indica tanto?

Tlamacazqui inspirado, alma de artista,  
mano hecha para el cincel, la audaz montaña  
en la exquisitez del símbolo por ti entrevista,  
te conserva gratitud dentro su entraña  
de rocas impenetrable. . . . !

Tal parece que un pensamiento muy vasto,  
por no caber en la frente de algún mortal, fué culpable  
y condenado, por ende, á plasmarse en augusto y casto  
boceto de nieve y rocas, grande, inmutable,  
grande bajo el cielo eterno!  
inmutable hasta el fin de la tierra. . . . !



También parece (haré un cuento muy vago y tierno)  
 que hubo en planeta lejano terrible guerra  
 en disputa de una blanca princesa, cuyo  
 nombre fuera el nombre de una  
 maravilla, un nombre  
 no hecho para labio de hombre,  
 sino sólo para dicho por el tremendo murmullo  
 de tempestad hosca y bruna.  
 Y que esa princesa, herida  
 de amor por uno de aquellos  
 combatientes extrahumanos  
 que hubiera quedado muerto,  
 cayó á nuestro pobre mundo, y que en caída  
 se le pusieron muy blancos los cabellos,  
 y el noble pecho, y las hermosas manos,  
 y las piernas, y el rostro real é incierto. . . . .

¿Que este cuento no es cierto. . . . .?

¿Por qué entonces la adusta solemnidad de esa trágica  
 estatua colosal, inmóvilmente  
 está mirando al cielo con amargura mágica  
 y una interrogación muda, vuelta de frente  
 al misterio profundo de las estrellas,  
 al enigma que en el zenit sólo asoma  
 la duda eternamente. . . .? ¿Por qué entonces con sus bellas  
 manos enormes y blancas como que toma  
 la tremenda intención de abrirse el pecho  
 herido para siempre. . . .? ¿Por qué entonces sus profusos  
 cabellos blancos y enormes, en un raudal deshecho,  
 caen con desórdenes abstrusos,  
 como con desesperación honda é inmensa. . . . .?

¿No es que la montaña sufre y piensa. . . .?

La tarde tiende el gris amparo  
 de sus alas de niebla. La figura

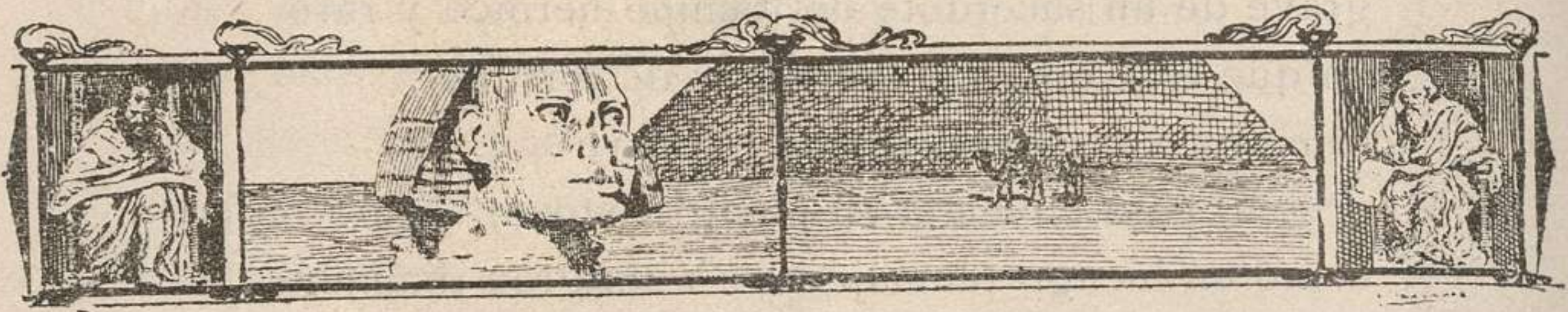


grave de un sacerdote del tiempo heroico y raro  
en que en tronos de cráneos y de tortura  
reinaron nuestros reyes de preclaro  
origen, pasa envuelta en manto vistoso,  
como en luengo plumaje. . . . Y un gran diamante claro  
enseña el Quetzalcoatl del mito prodigioso.

ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.







## CONFERENCIA

Dada en la Escuela Nacional Preparatoria, por el Sr. Lic. D. Pablo Macedo,  
el 1.º de Febrero de 1906.

SEÑOR DIRECTOR:

SEÑORES:

Ha tenido el Sr. Director de este importantísimo centro de la educación nacional, la bondad de invitarme á que os dirija algunas palabras sobre la profesión del abogado, y casi habría sido de mi deber declinar tan galante y honrosa invitación, porque mi espíritu y, acaso pudiera decir, mi actividad entera están en estos momentos consagrados á labores del orden práctico, que son incompatibles con la calma de una serena y tranquila meditación; pero hube de pensar que lo que tendría que decirnos no sería el fruto de una labor actual, sino de meditaciones hechas á través de una vida entera, que no es ya corta, y me decidí á aceptar la invitación de nuestro Director. Permitidme que le llame así, porque el Dr. D. José Terrés me ha dirigido en muchas ocasio-

nes con sus consejos y me dirige siempre con su ejemplo.

Y una vez aceptada la bondadosa invitación, hube de preguntarme qué haría ante vosotros: ¿elogiar la profesión del abogado, ó deprimirla? ¿Invitaros á seguirla ó apartaros del camino que á ella conduce? Y vino entonces á mi memoria lo que la historia, ó más bien la leyenda, cuenta del fabulista Esopo.

Sabéis que, según ella, este conspicuo personaje de la antigüedad griega, que todavía divierte á la humanidad con sus fábulas y ficciones, era de condición servil y que entre las humildes funciones que su calidad de esclavo le imponía, contóse alguna vez la de cocinero, en la que parece que mostró singulares aptitudes. Teniéndolas en cuenta, su amo, deseoso de obsequiar especialmente á algunos de sus amigos, le encargó que preparase una comida con todo lo mejor que hallase en el



mercado. Llegado el día del obsequio, vino á la mesa un guiso de lengua, que todos celebraron, y tras él otro y otro y otro, todos de lengua, aunque en diversas formas y condimentos. Indignado llamó á Esopo su amo y le reprendió por aquel desacato; pero Esopo le dijo: «Señor: me has mandado servir á tus amigos lo que de mejor hallase en el mercado, y á fe te declaro que nada mejor hay que la lengua: con ella se comunican los hombres sus pensamientos: con ella se transmiten lo que de sus antepasados aprendieron: con ella alaban á los dioses,» etc., etc.; y así prosiguió enumerando todo lo que de bueno tiene la lengua para el hombre. Perdonóle su amo en gracia á su ingenio, mandándole que, para desagraviar á sus amigos, les sirviese al día siguiente un banquete con lo peor que hallara en el mercado. Y al día siguiente, la lengua, siempre la lengua, volvió á aparecer en nuevas formas; y entonces Esopo, al disgusto de su amo, que se creyó objeto de una burla, hubo de replicar que la lengua era lo peor que había encontrado, porque con ella se forja la mentira y se engaña á los hombres, con ella se disimulan los sentimientos y se blasfema de los dioses.

Así pensé, señores, que podría hacer ante vosotros; porque tarea tan sencilla como la de elogiar, sería la de deprimir la profesión del abogado, por lo mucho que ella se presta á hacer el bien ó el mal en una sociedad; pero reflexionando que así no cumpliría con el objeto que esta conferencia debe tener, hube de resolverme á daros algunos consejos, aunque sean de carácter general, pues si ellos, por venir de mí, no tendrán autoridad, serán completamente sinceros y fruto sólo del amor que profeso á la patria, cuyos destinos estarán mañana en vuestras manos. Creed, pues, señores, que los consejos que vais á oír nacen de una profunda convicción: que

podrán contener errores de la inteligencia, pero no nacerán de un sentimiento pervertido; y que son los mismos que me propongo dar á mi hijo, si tengo la fortuna de vivir lo bastante para que esté en aptitud de entenderlos.

Y ya en este terreno, el primer consejo que tengo que daros es que no sigáis ninguna carrera, que desechéis esa preocupación que existe entre la clase social á que pertenecemos, de que la independencia personal, la consideración de nuestros conciudadanos y, en suma, el bienestar personal sólo se conquistan siendo abogado médico ó ingeniero y no consagrándose á trabajos de otro género. Nada más inexacto.

Enseña la economía política, que es la ciencia que estudia las leyes conforme á las cuales el hombre satisface sus necesidades materiales, que el trabajo, elemento indispensable para la producción de la riqueza, puede ser directa ó indirectamente productivo. Producen directamente la riqueza el agricultor, que siembra, cultiva y cosecha los granos de que nos alimentamos: el artesano que fabrica los artículos de nuestro consumo, como el calzado y el vestido; el industrial que elabora los géneros con que nos cubrimos. Y producen indirectamente el sabio que descubre las leyes ó principios generales conforme á los cuales la materia se transforma ó el inventor que, aplicando esas leyes, construye una máquina que facilita el trabajo, y señala á la industria nuevos rumbos y derroteros. Por lo cual, mientras en una sociedad se necesitan muchos trabajadores que produzcan directamente la riqueza, bástanle pocos sabios é inventores; que son éstos quienes dirigen, y sabido es que se necesitan pocos jefes para conducir á muchos hombres, bastándome recordar, para probarlo, el nombre del norteamericano Tomás Alva Edison, que siendo uno solo, con sus descubrimientos en ma-



teria de electricidad, ha dado lugar á la creaci3n de numerosas empresas industriales que ocupan y hacen vivir á muchos hombres.

Puede esto aplicarse perfectamente á las carreras profesionales: son quienes las abrazan directores de sus conciudadanos, y para lograr el bienestar individual y contribuir poderosamente al social, no es indispensable pertenecer á la clase directora, cuyas responsabilidades y amarguras pronto os presentaré; basta con ser dirigido y acaso aun sea mejor, tanto para los fines individuales, como para los sociales, siempre que se trabaje y se posean ciertas cualidades morales.

Volvamos, si no, la vista, al medio en que vivimos; y desde luego nos llamará la atenci3n un hecho que, sin embargo, es fácil que nos expliquemos. Son los extranjeros los que, generalmente, progresan aquí en el terreno económico; la Ciudad está llena de rótulos y enseñas en francés, en inglés y hasta en alemán: á los nacidos en otro suelo les abandonamos el comercio, nuestras industrias, los bancos y los ferrocarriles. ¿Por qué? Triste es decirlo, pero estas cosas deben decirse muy claras para que sea provechoso decir las: los extranjeros triunfan entre nosotros en la lucha económica, porque tienen dos cualidades que, generalmente y por desgracia, nos faltan á los mexicanos: son cultos y virtuosos. Para dirigir una gran casa de comercio, para estar al frente de un Banco ó de una fábrica, para gobernar un ferrocarril, se necesita saber, se necesita cultura intelectual, porque precisa conocer los principios superiores, las leyes conforme á las cuales se verifican los fenómenos de la producci3n, del cambio y del movimiento social. Y nosotros, abandonando este campo, no nos cuidamos de adquirir esa cultura, sino que, mirando al que en la lotería obtiene el premio mayor y olvi-

dando que son mucho más numerosos los jugadores no premiados, buscamos en el azar, en el golpe de fortuna el triunfo fácil; y al paso que nos conformamos con los puestos secundarios á que nuestra ignorancia nos condena, abandonamos nuestro comercio, nuestras industrias, nuestros bancos y nuestros ferrocarriles, á los extranjeros que vienen á trabajar entre nosotros honrada y legítimamente.

Y todavía más: duéleme el corazón al decirlo, pero no he de callarlo: muchos de esos extranjeros no tienen sobre nosotros la superioridad de la cultura intelectual: muchos han venido á aprender aquí aun á leer y escribir, pero tienen las cualidades morales que dan el triunfo: son trabajadores y laboriosos, son perseverantes, son económicos, tienen aspiraciones y procuran llegar á los puestos superiores, en tanto que nosotros solemos ser inconscientes é imprevisores, nos conformamos con satisfacer escasamente y sin economía nuestras necesidades, y llegamos, sin estímulos, ni alientos, á conformarnos con los puestos secundarios de las empresas que debiéramos dirigir.

Al lado, pues, de mi primer consejo, que consiste en que no sigáis una carrera profesional, porque es más fácil conseguir sin ella el bienestar individual y contribuir más directamente al social, permitidme este otro: sed cultos y sobre todo sed virtuosos, cumpliendo con vuestros deberes. Y nadie mejor colocado que vosotros para adquirir la cultura á que me he referido, perteneciendo como pertenecéis á este plantel de educaci3n que el Gobierno nacional, no sin muchos esfuerzos y tanteos, encamina hoy por el buen rumbo.

Aprendéis aquí la matemática, la física, la química, la historia natural, la psicología, la lógica y otras materias que, aunque secundarias, son muy útiles, como el dibujo y los idiomas usuales. El alumno que



adquiera estos conocimientos fundamentales, con poco tiempo que consagre á una especialidad de orden práctico, podrá aspirar á ser un buen comerciante, industrial ó director de bancos ó ferrocarriles, porque estará armado para luchar en todo terreno, porque se dará cuenta del mundo en que vive y de los fenómenos que le rodean y porque habrá aprendido á razonar y discernir bien y correctamente, y esto sirve para todo. El suelo que habitamos está virgen todavía en grandes extensiones: las riquezas naturales que encierra esperan sólo el trabajo que las fecunde y la actividad que las saque á la luz; aplicad á ello vuestros esfuerzos con perseverancia; practicando la economía, la previsión y la virtud y no es preciso que sigáis todos alguna carrera profesional: quienes las emprendan han menester de grandes cualidades en la inteligencia y de grandes energías en el corazón, porque aspiran á ser directores de hombres y esto á muy pocos es dado alcanzarlo: la mayoría de vosotros no necesita pretender tanto: le bastará saber trabajar y practicar la virtud.

\* \* \*

Tiempo es ya de que me ocupe en particular de los abogados.

Sabéis perfectamente que de Augusto Comte á la fecha, háse discutido mucho sobre la clasificación de las ciencias; pero sea como fuere, y cualesquiera que sean las correcciones de detalle que el progreso del pensamiento humano sugiera á la clasificación iniciada por el gran pensador francés á quien acabo de nombrar, tengo por cierto que los lineamentos fundamentales de su clasificación perdurarán; y conforme á ella, bien lo sabéis, en la base de las ciencias hállase la matemática, que estudia los fenómenos más generales y, por abstractos, más

sencillos: vienen después la física y la química, después la biología y la psicología, que nos dan las leyes de la vida y del pensamiento humano, y al fin, como coronamiento del edificio, hállase la sociología, que estudia los fenómenos que se producen en las sociedades y fija y establece las leyes conforme á las cuales las agrupaciones de hombres se forman, se desarrollan, crecen y mueren.

Este sencillo recuerdo de la clasificación de las ciencias, sirve para establecer que la sociología ó ciencia de las sociedades, como la más elevada de todas, es también de todas la más difícil. Ahora bien, Señores, el derecho, que es á lo que deben consagrar sus estudios quienes eligen la carrera de abogado, forma parte, y muy importante por cierto, de la sociología; con lo cual dicho queda que quien aspire á esa carrera, dedica sus esfuerzos al estudio y conocimiento de los más arduos problemas científicos. El ingeniero, el médico, cuyos trabajos se refieren á hechos del orden matemático y del biológico, tienen que habérselas con fenómenos complejos; y sin que quiera yo decir que los estudios para esas carreras sean fáciles, sí es seguro que no ofrecen en el orden científico tantas dificultades como las del abogado, por más que en el orden moral exijan también altísimas cualidades, de que ya os han hablado el Sr. Ingeniero D. Agustín Aragón y el Sr. Dr. D. José Terrés.

Desempeña el abogado en la sociedad un triple papel para el cual requiérese una preparación científica muy completa: el de consultor ó consejero, dirigiendo á sus conciudadanos en sus negocios y en sus litigios: el de administrador de la justicia, aplicando la ley y el derecho en las contiendas que surjan entre los hombres; y por último, el de legislador, es decir, el de autor de la norma jurídica á que los hombres han de ajustar su conducta, porque el fá-



cil acceso á los negocios públicos ó propiamente políticos que su profesión da al abogado, le coloca frecuentemente, entre nosotros al menos, en la elevada posición de legislador. No sabría yo decir cuál de estas tres funciones sociales es más elevada, y por lo mismo, difícil de desempeñar con acierto; pero en cuanto á la primera, he aquí lo que, mejor de lo que yo pudiera decirlo, ha dicho el ilustre fundador de esta Escuela Preparatoria, el inolvidable D. Gabino Barrera: la citación será un poco larga, pero no cansada.

“El tipo del antiguo abogado en México era tan diverso de lo que es hoy, sus funciones eran tan distintas de las que hoy desempeña en la mayor y más importante parte de los casos, que *á priori* es de suponerse que la contestación á semejante pregunta no debe ser la misma en ambos casos.

“En efecto, el antiguo abogado, metido constantemente en su estudio, revolviendo incesantemente á Antonio Gómez, á Gregorio López ó á la Curia Filípica; acusando rebeldías, pensando tan sólo en el término de prueba, poniendo escritos de réplica ó de súplica, tratando exclusivamente con escribanos ó agentes, era un verdadero curial y no un hombre de negocios; creía ó quería cumplir estrictamente con su deber, citando las leyes ó las opiniones de los casuistas que había en favor de su cliente, apartando con mucho cuidado todas las que pudiesen serle contrarias, dejando este cuidado para que lo desempeñase el abogado contrario, quien por supuesto no se descuidaba en hacerlo.

“El antiguo abogado, metido siempre entre voluminosos expedientes y entre indigestos pergaminos, no conocía el mundo ni los negocios, sino al través de los traslados y de los informes en estrados; el giro efectivo y normal de aquéllos le era realmente desconocido, porque ellos sólo llega-

ban á sus manos cuando por algún motivo se habían torcido y comprometido en pleitos: no conocía, si me es lícito usar estas palabras, un poco exóticas, pero que expresan bien mi pensamiento, no conocía sino la patología de los asuntos de la vida práctica, ignorando absolutamente su fisiología, de la cual sólo tenía raras noticias, sacadas de los informes interesados de la parte que lo elegía por patrono. Para todo esto no había menester muchas veces ni del simple conocimiento de la ortografía de su lengua, ni hablar ni escribir con lucidez, ni siquiera con orden. Acumular muchas citas y saber seguir bien la tramitación de los negocios, era cuanto en rigor se requería para poder adquirir una reputación duradera: vegetar así en su estudio como una oruga, en medio de sus expedientes, de los que era de rigor excluir todo orden ó coordinación, aun la muy material de colocarlos en armarios ó de otro modo cualquiera para hallarlos á la hora que se necesitasen; el desorden material del estudio y con frecuencia también su poco aseo, se tenían por un síntoma de mucha ocupación y numerosa clientela, y eran, por lo mismo, una especie de timbre de jerarquía curial.

«Hoy el tipo del abogado, y sobre todo del abogado de primera clase, ha cambiado totalmente con los progresos de la civilización. Los simples curiales van siendo reemplazados por los jurisperitos que comprenden y pueden administrar y dirigir vastas negociaciones, que con frecuencia se confían á sus cuidados inteligentes, que intervienen en las combinaciones mercantiles, sin coartar la libertad ni comprimir la espontaneidad de los propietarios; pero sí viendo y señalando escollos que una vista menos ejercitada podría desconocer.

«Estos elevados personajes de hoy, estos abogados de la nueva era se encarnan é identifican con sus clientes; se interiori-



zan y entrañan en sus más importantes y activos negocios; se penetran de las dificultades prácticas de todos ellos; son, en una palabra, los directores y consejeros permanentes de los capitalistas é industriales que depositan en ellos su confianza. Su destino no es tanto el de seguir los pleitos de sus clientes, para ganarlos ó transarlos; su intervención tiene por principal objeto evitar esos pleitos y allanar los tropiezos que por motivo de las disposiciones legales ó cualesquiera otras semejantes, puedan atravesarse en el giro de los capitales, de las propiedades ó de las industrias. El objeto, en fin, de sus funciones y su más importante utilidad, es (para seguir la metáfora empleada arriba), es más bien higiénica que patológica, su destino es más bien prevenir que curar las enfermedades de los negocios.

«Se comprende fácilmente cuánto más noble, más social, más útil es esta función de la abogacía moderna que la de la antigua; y también, preciso es decirlo, cuánto más productiva para el que la ejerce. Pero al mismo tiempo, cuántos más conocimientos exige de las verdaderas condiciones de la vida práctica y de buen éxito en los negocios; cuánta mayor penetración, método y espíritu de orden requiere, y cuánta más ilustración sólida de parte del que la desempeña.

«El abogado del tipo antiguo cumplía con aplicar mecánicamente á las enfermedades de los intereses, las recetas que las leyes tenían formuladas conforme á ciertas reglas que ellos ni podían, ni querían ni debían transgredir, y para esto podían ser casi con entera impunidad, y sin echarlo ellos mismos de ver enteramente ignorantes en todo lo demás. El abogado postulante no tenía necesidad de saber, para desempeñar su oficio automático, sino las leyes civiles y criminales y los Cánones y las Decretales. Pero el abogado de hoy, el verdadero pa-

trono de sus clientes, jamás podrá considerarse con mayor ilustración de la que necesita, con más ciencia y conocimientos del mundo real en todas sus manifestaciones y en toda su plenitud, de la que ha de menester para dar un consejo oportuno, ó para dirigir vastos y complicados intereses, como se encomienda con frecuencia á su dirección.

«¡Cuántas veces los abogados modernos que he bosquejado arriba, no habrán deseado en el fondo de su corazón, haber adquirido las nociones suficientes de las ciencias naturales de que me ocupó, para poder ver por sus propios ojos, ó recoger por sí mismos y apreciar en lo que valen en sí, muchos datos importantes, para los que hoy tienen que servirse de peritos que, á pesar de su instrucción especial, no pueden suplirlos sino en parte y de un modo incompleto, precisamente porque tienen, como el que los llama, el conocimiento pleno de la totalidad del asunto; condición siempre indispensable para apreciar el verdadero valor de un dato!

«Yo estoy íntimamente convencido de que el porvenir de la abogacía y el interés social, así como el particular de los que en bien de sus intereses, llaman en su ayuda á esa profesión en la forma y con los fines que acabo de caracterizar, ganarían de un modo increíble, si la educación preparatoria para esa carrera continuase siendo como es hoy, más amplia, más profunda, más práctica y más comprensiva de lo que fué en otro tiempo; de que lo que antes se tenía que suplir á fuerza de capacidad y de dotes prácticas personales muy poco comunes, se generalizará insensiblemente entre la mayor parte de los que, conforme al plan actual, hayan cumplido su carrera, y de que esas mismas aptitudes excepcionales que han podido brillar sin ese auxilio y prestar importantes servicios á la propiedad, á la industria y al capital activo de



México, habrían encontrado un poderoso é incalculable auxilio en una educación mejor, así como frecuentes ocasiones de aplicar no sólo los métodos que las ciencias naturales inculcan, perfeccionan y arraigan, como ya he demostrado, sino los conocimientos mismos especiales y técnicos, que esas ciencias dejan tras de sí en nuestra mente, como un residuo, como un *caput mortuum* de exquisito é incalculable valor.

«¡Cuántas transacciones, cuántos convenios y cuántos contratos habrían podido ser más ventajosos; cuántas divisiones de bienes más equitativas, si los abogados que han intervenido en ellas hubiesen podido juzgar por sí mismos, de la verdadera importancia de ciertas pequeñeces aparentes, ó siquiera saber apreciar la verdadera aptitud de un perito!

«Bajo cualquier aspecto que veamos al abogado práctico, llegamos siempre á la misma conclusión: á la necesidad de darle una educación que le proporcione un conjunto de conocimientos más variado y más sólido que el que la antigua educación podía darles, aun suponiendo que los que adquieran este honroso título, hayan de restringirse al estricto ejercicio de su profesión, con tal de que se desee que al desempeñarla cumplan con el destino altamente social de ella.» (Revista Positiva. Págs. 308, 309 y 310. 1.º de Julio de 1901).

Permitidme, señores, refiriéndome siempre al abogado moderno, citar las palabras de algún otro profesor, que no nombro porque me toca de cerca, y que alguna vez en la Escuela de Jurisprudencia dijo estas palabras:

«Hay que recordar asimismo, para tenerlo siempre presente y que jamás se vele en nuestro espíritu, que en los tiempos contemporáneos se ha transformado la sociedad, entrando más y más de lleno cada día en la senda industrial y mercantil, y

que, como consecuencia de ese hecho, la misión social del abogado va transformándose *pari pasu* y adquiriendo mayor importancia y trascendencia. En todas las épocas ha sido altísima esa misión, pues el abogado ha tenido la más activa parte en la dirección de los negocios públicos y, por eso mismo, ha influido más que cualquiera otra clase profesional en los destinos nacionales, al propio tiempo que ha administrado la justicia en nombre de la sabiduría nacional, y ha sido en la esfera privada el defensor y guardián de los derechos del individuo en los casos de contienda, con lo cual, pidiendo ó declarando la justicia, ha tenido á su cargo la piedra angular del orden social. Pero al lado de esa función ha surgido otra, también elevada y trascendente: la de dirigir la marcha general de las empresas de sus clientes, que en más de una ocasión constituyen poderosos elementos de la riqueza pública, ya que el desenvolvimiento de las fuentes de producción, lo mismo en este país que en el resto del mundo, hace que cada vez se acometan empresas más vastas y que absorben capitales más cuantiosos. En la transformación que ha experimentado la República durante el periodo de paz en que vivimos hoy y que comprende ya un cuarto de siglo, el progreso ferroviario, industrial, agrícola y mercantil ha tenido que contar con una importante cooperación de los abogados, en cuyas manos han puesto las nuevas empresas sus más vitales intereses, encargándoles su constitución y organización legal como compañías y la celebración de los contratos de mayor trascendencia, constitutivos á veces de la base misma de la empresa, y oyendo siempre el consejo y dictamen de sus abogados consultores en todos los actos importantes de su vida legal y económica, de suerte que el abogado no es ya tan sólo director de litigios, sino que háse elevado á



director de la actividad humana general, comprendiendo el orden material, el intelectual y moral.»

(Revista Positiva. Febrero 1.º de 1902, página 39).

Ya veis, señores, la importancia social del abogado como director de los demás hombres, y á lo que acabáis de oír sólo me permitiré agregar que á las dificultades de la empresa que el abogado acomete, hay que añadir la que se deriva del hecho de que al aconsejar y guiar á sus semejantes, el abogado ha de considerar que su más importante deber consiste en olvidarse á sí mismo, en posponer completamente su propio interés al del cliente que viene á consultarle, que es un enfermo en busca de salud, un ciego en busca de luz á quien hay que curar é iluminar mirando su interés y sólo su interés, aunque pueda estar en conflicto con el de su consultor. Y si se recuerda que el corazón humano es con mucha frecuencia egoísta, que el interés personal, aun sin que de ello nos demos cuenta cabal en todas ocasiones, nunca duerme, sino que siempre está en pie y vigilante, fácil es comprender cuánta rectitud, qué alta moralidad debe poseer el abogado que pretenda serlo de veras y cumplir sus deberes.

Si consideramos ahora al abogado como administrador de la justicia, veremos crecer todavía su importancia social. Es, señores, la justicia en una sociedad, piedra angular, sin la que nada puede existir: allí donde no hay recta y cumplida justicia, no hay propiedad, no hay familia, no hay libertad, porque el derecho no existe, porque las leyes son inútiles. Y esta misión de dar á cada uno lo que es suyo, difícil siempre porque se trata de dirimir conflictos en que casi siempre la pasión habla muy alto y todo lo oscurece, es, además, penosísima, porque generalmente el mejor juez, el que da á cada cual lo que le per-

tenece y nada más, lastima á ambos contendientes y se hace de ellos verdaderos enemigos. Y para esto (hay que decirlo) precisa tener no sólo mucha ciencia y mucha serenidad, sino también mucha entereza y mucha energía, cualidades morales que no suelen ser patrimonio de todos los hombres, sino, por el contrario, de muy pocos.

El otro aspecto de la misión social del abogado es también importantísimo, como que la tarea de legislar impone responsabilidades sin cuento. La ley, aunque no sea el derecho, lo formula y, desde este punto de vista, puede decirse que los legisladores son los que forjan los moldes dentro de los cuales la sociedad debe desarrollarse. ¡Cuánta ciencia, qué conocimientos tan profundos no se necesitarán para ello, y qué inmensa responsabilidad no contraerá el que asume la tarea de forjar esos moldes! Déjolo á vuestra consideración, sintiendo que esta conferencia se haya prolongado ya demasiado, porque de otra suerte tendría la honra de leeros otro pasaje del mismo trabajo del Sr. Barreda, que en parte os he leído y en el cual con justicia atribuye á la educación metafísica de nuestros abogados de antaño, muchos de nuestros males y sufrimientos políticos, porque basada en principios y máximas *á priori*, y no en la atenta observación de los hechos que determinan nuestro modo de ser político y social, implantaron aquí leyes é instituciones enteramente exóticas é inadecuadas entre nosotros.\*

\* «Ya que no fué posible leer el pasaje á que el orador aludió, séame permitido ponerlo por nota en esta publicación, en gracia á la importancia de la observación que contiene.

«Esto *repugna* á nuestra inteligencia: luego esto no puede ser cierto. Aquello se vería muy claro y se comprendería fácilmente si fuese de tal modo: luego de ese modo es forzosamente. Nosotros no vemos razón para que una cosa sea ó pudiera haber sido de otro modo: luego



\*  
\* \*

Esta es, brevísima é imperfectamente escrita, la carrera del abogado, y tales son las dificultades intelectuales y morales más importantes con que tropezarán quienes de vosotros se decidan á abrazarla, y á quienes me permito dirigir las hermosas palabras del Evangelio: «tomad vuestra cruz á cuestras,» si con el pensamiento muy alto y el corazón muy firme os resolvéis á vivir una vida que si algunas veces propor-

ni es ni ha podido ser de otra suerte. He aquí en extracto la manera con que se les aconsejaba que resolviesen todas las cuestiones de la vida, y el modo que se les inculcaba como infalible para salvar todas las dificultades. Siempre sus concepciones *á priori* como supremo juez de todas las materias; siempre el empeño de resolverlo todo sin consultar la realidad; siempre desechando ó desconociendo los hechos más palmarios, porque no están conformes con nuestros deseos; siempre, en fin, posponiendo la práctica á la teoría y los llamados principios á los hechos

«¿Con semejante educación, qué extraño es que desde el principio de nuestra emancipación política hayamos ido de aberración en aberración, buscando el remedio de todos nuestros males en reglas formuladas para otras naciones, para otras costumbres y para otras necesidades, en vez de buscar en el estudio de nuestras condiciones reales de existencia y de los medios efectivos y á nuestro alcance, el modo de evitar esos males, de asegurar nuestra existencia política y social y de fomentar un progreso real y verdadero? ¿Qué extraño es, que los más groseros sofismas hayan servido de fundamento á nuestras más trascendentales medidas políticas ó financieras?

«¿Qué extraño es, que con esa educación de puras abstracciones y entidades y de puras reglas inflexibles y absolutas, nuestros diplomáticos, por ejemplo, hubiesen firmado con una candidez digna de la educación anti-práctica que habían recibido en el colegio, unos tratados, leoninos en el fondo, pero que estaban hechos conforme á las reglas, porque había en ellos la palabra *reciprocidad* é igualdad de derechos; ó que nuestro primer gabinete hubiese aceptado como decisivo para que la nación contrajese una deuda, el argumento de que la Gran

cional alegrías, ya en la riqueza ó ya en una preeminente posición social, ofrece en cambio muchas dificultades y amarguras y sinsabores, porque el abogado que quiere cumplir con su deber y serlo de veras, tiene que luchar con altísimos problemas intelectuales y morales que atormentarán su espíritu y más de una vez harán sangrar dolorosamente su corazón.

Y no os dejéis engañar por el espectáculo de los pocos que arriban, porque seríais como el jugador de lotería que sólo

Bretaña tenía una gran deuda, y era una gran nación?

«Si las personas que desde entonces tomaron las riendas de la administración de la política, hubieran tenido una educación más en armonía con los hechos y hubiesen nutrido su espíritu con éstos, es de creerse que semejantes sofismas no hubieran pasado por buenas razones, y que la nación se habría ahorrado sus mayores y más funestos desengaños y sus días más luctuosos»

(Págs. 312 y 313. Tomo I de la "Revista Positiva")

También se decía en el discurso en la Escuela de Jurisprudencia á que el orador aludió, lo siguiente: «Así, ya se considere al abogado en su función del orden privado, en que la consulta directiva aventaja con mucho al patrocinio de litigios; ya se le considere como representante de la soberanía para administrar la justicia, ó se atienda á la participación que por la especialidad de sus estudios está llamado á tener en la cosa pública, su misión es la de dirigir ó conducir á otros hombres al través de las intrincadas sendas de la vida, y de guiarlos, sorteando los escollos y los precipicios, hacia la virtud, la riqueza y cuanto constituye el bien para la humanidad.

«La misión no puede ser más grande, ni mayor la responsabilidad que en ella se contrae. ¡Y qué magna preparación será necesaria para salir avante en el empeño! De ahí la necesidad de que vuestros estudios en esta Escuela, jóvenes alumnos, tengan por base la ciencia de los fenómenos generales de la sociedad en toda su amplitud y complicación, y vayan elevándose gradualmente al conocimiento de todos y cada uno de los fenómenos jurídicos, considerados como hechos concretos, palpantes, de la vida del hombre en sociedad, y no como meras abs-



ve al afortunado que alcanza el premio mayor y olvida á los millares de números que nada obtienen en el sorteo. Pero si después de maduro examen os sentís con fuerzas para emprender el camino, que es áspero y duro, lo que deseo para vosotros es que lleguéis á la meta; y si es así, habréis hecho vuestra felicidad, y habréis contribuido á la de vuestra familia y á la de la patria, pudiendo exclamar con nuestro insigne poeta el general y abogado D. Vicente Riva Palacio:

"... Si á la virtud sus homenajes  
 "El corazón rindió con sus querellas,  
 "No contesta del tiempo á los ultrajes;  
 "Que tiene la vejez horas tan bellas,  
 "Como tiene la tarde sus celajes,  
 "Como tiene la noche sus estrellas!"

Esto es, jóvenes amigos míos, lo que de todo corazón os deseo.

He dicho.

tracciones de la razón que se pueden conocer y manejar desde el gabinete, sin estudio y por simple intuición.

«Para conducir al hombre por los senderos de la vida, fuerza es conocer de antemano cuáles son sus tendencias naturales, los móviles que lo impulsan á obrar, las fuerzas capaces de enfrenar sus impulsos, y saber también el trazo de las rutas del bien y los obstáculos que en ellas puedan cerrar el paso.

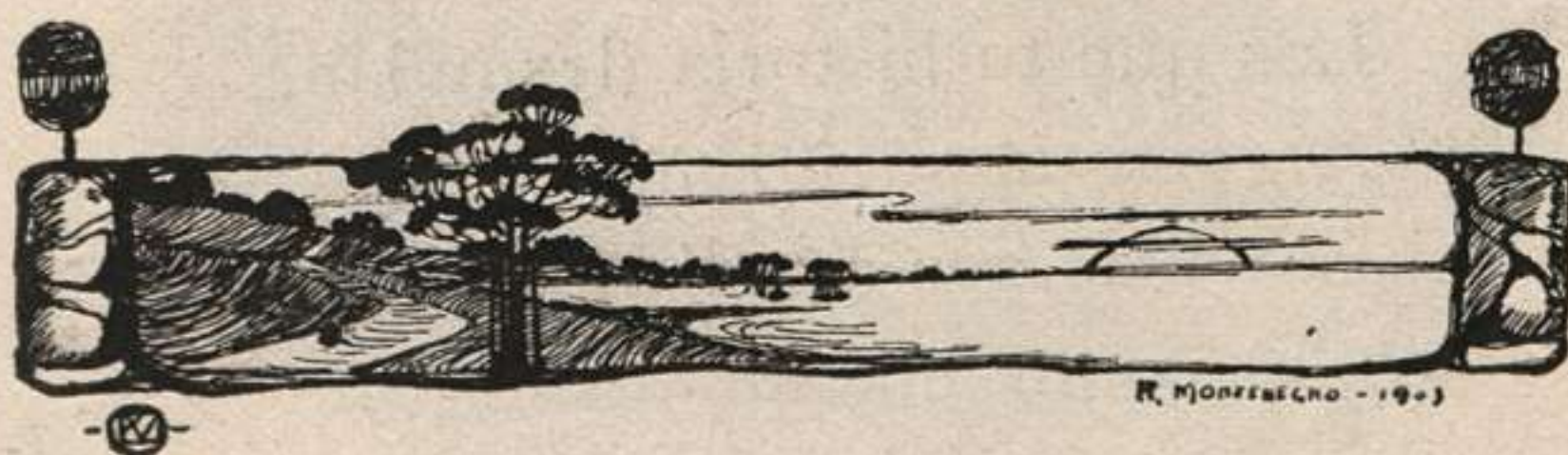
«La misión de los que tenemos la honra, que nunca será demasiado estimada, de sentarnos en las cátedras de esta Escuela, cada una de las cuales debe ser un solio de ciencia y de virtud, es la de prepararos para que seáis, á vuestra vez, conductores de hombres.

«Para cumplir la misión que pretendéis desempeñar, no os bastará conocer el texto de las leyes, ni aun siquiera saber entenderlas y aplicarlas con acierto, lo que apenas es suficiente para dirigir un litigio como patrono ó para decidirlo como juez; á eso tenéis que agregar conocimientos superiores y completos sobre toda la organización de la sociedad, para prever el rumbo y marcha de los fenómenos que en su seno se desenvuelven, y para elegir los medios adecuados ó modificarlos en sentido propicio al fin que os propongáis, que no ha de ser otro que el del bien. Y si para vuestras funciones como patronos ó jueces necesitáis luz en la in-

teligencia, para comprender la justicia; alientos en el corazón, para seguirla, aun contra vuestro interés inmediato; perseverancia y firmeza, para sostenerla; para asumir la plena dirección de otros hombres, habréis de añadir á esas condiciones las que requiere la discriminación de la justicia superior, que no está escrita en las leyes, sino que sirve para dictarlas y para modelar las instituciones; las dotes que exige la participación en la más alta empresa que el hombre pueda acometer y que lo eleva á un poder no ha mucho considerado todavía sobrehumano: variar por su voluntad y por su esfuerzo, conscientemente, el curso espontáneo de los fenómenos sociales.

«Y ¡ay de aquel de nosotros que no pueda dar cuenta de los hombres que se le han entregado y llegue á merecer la tremenda condenación del Evangelio: "ciego que conduce á otros ciegos!"

«La patria nos ha confiado hoy á los profesores sus más caros intereses, su porvenir, encargándonos de formaros á vosotros, jóvenes alumnos, para confiaros mañana la dirección de la sociedad hacia la prosperidad y el engrandecimiento. Como lo anuncia la hermosa fórmula de la protesta constitucional, la Patria premiará á quienes cumplan, y á quienes no cumplan, lo demandará.» (Págs. 40 y 41, número 14. Tomo II de la "Revista Positiva").







## PECADORA

¿Qué importa que otros amantes  
tus labios tuvieran presos  
en sus labios palpitantes,  
si todos los besos de antes  
yo los borré con mis besos?

¿Qué importa que tu hermosura,  
sin sospechar el amor,  
corriera extraña aventura,  
si al soplo de mi ternura  
dió tu alma la primer flor?

¿Qué importa que hayas podido,  
sobre otro brazo extendido,  
como un cadáver dormir,  
si tu primer llanto ha sido  
cuando te hablé de partir?

Los que tu historia desnudan,  
persiguen un sueño más;  
si las vidas nos ayudan,  
los lazos que nos anudan  
no se romperán jamás.



Deja en silencio correr  
las olas de envidia insana,  
que al fin hemos de vencer,  
porque ellos viven de ayer  
y nosotros de mañana.

Y desde el alto balcón  
bordado de enredaderas,  
sepamos prestar Suzon  
á nuestras dulces quimeras  
el ala de una canción.

Que mientras sonriendo vemos  
las olas del mar de espuma,  
nosotros empujaremos  
nuestra góndola sin remos  
por el lago de la luna....

MANUEL UGARTE.

Paris, 1906.





## LOS LIBROS NUEVOS

**“Poemas del Alma,” por Rafael Angel Troyo.**—SAN JOSÉ DE COSTA RICA, 1906.—Vargas Vila, el vociferador trasatlántico, dice lo que sigue á propósito del autor de «Poemas del alma:»

«Una gran probidad de arte, una obsesión perenne de lo bello, una inquietud dolorosa del misterio, hacen de la obra de Rafael Angel Troyo, un generoso esfuerzo de idealidad, alto y noble, en el tiempo de prosa vil y repugnante pequeñez, etc., etc.»

Nada de lo que asegura Vargas Vila en su flujo detonante, veo confirmado en esta obra de Troyo. Nada de eso se distingue en «Poemas del Alma.» Lo que encuentro son muchos párrafos como éstos:

«Aquella mañana, y bajo un cielo luminoso, entró al jardín del Luxemburgo el poeta René» . . . . .

«Eugenia, la gentil Princesita, amaba las piedras preciosas con el mismo amor con que hubiera amado á un gallardo Príncipe rubio.» . . . . .

«Era noche de baile! noche de risueñas esperanzas y de inefables ilusiones!» . . . . .

Ni probidad de arte, ni obsesión de lo bello, ni inquietud del misterio, ni esfuerzo, ni idealidad, encuentro en el novísimo libro de Troyo. Siropes románticos, meringues de «art-nouveau,» confetti y serpentinas literarias y el empeño pueril de

hacer mármoles con yeso y primaveras con flores de trapo. Los poetas que sellaman «René,» el Luxemburgo de Costa Rica, las «gentiles princesitas» y los «príncipes rubios,» se pudren hace mucho tiempo en el corazón de modistas y peluqueros. Para qué exhumar esas carroñas y exhibirlas en urnas de azúcar cande?

Tanto más es de deplorarse en este caso, cuanto que Rafael Angel Troyo posee talento y cualidades de escritor que podía emplear de mejor manera.

**“Vibraciones Fugaces,” por Carlos Romagosa.**—CÓRDOBA (ARGENTINA), 1903.—Aunque de fecha algo remota, este libro ha sido recientemente enviado á «Revista Moderna.» En él hay de todo: lecciones de historia; estudios sobre el simbolismo; debates parlamentarios; actas de duelos; lamentaciones y anatemas políticos, etc., etc. Y su heterogeneidad es tal, que nos encontramos perplejos al considerar desde qué punto de vista debemos juzgar al autor. Habría que ser, para lograrlo, cronista parlamentario, experto en leyes fiscales, perito en balística, etc., etc.

Pero ciñéndome á lo que podría llamarse literario en el libro del Sr. Romagosa, no encuentro de bueno más que el laudable deseo de elogiar, aunque con incomprensión y parsimonia, á grandes poetas como del Casal, Gutiérrez Nájera, Rubén Darío y Lugones.

J. J. T.



# NUEVO LIBRO

Próximamente se publicará un nuevo libro de Jesús  
E. Valenzuela, titulado:

## LIRA LIBRE



Se venderá en la Casa de **BOURET**,

CALLE DEL CINCO DE MAYO, núm. 14.

Al precio de..... \$1.50

---

En los Estados..... \$2.00 el ejemplar.

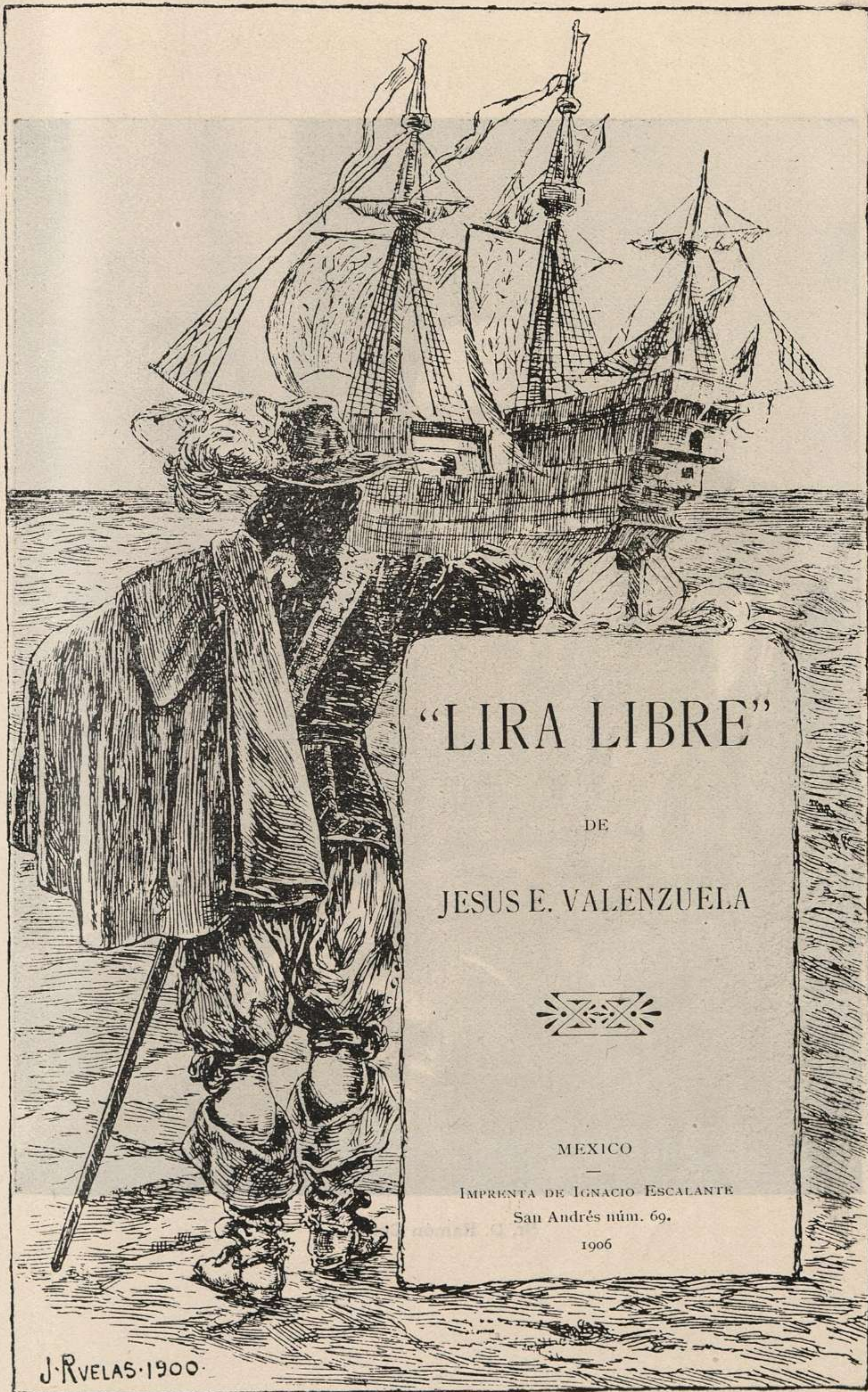






*Don Juan*  
*Don Juan*





“LIRA LIBRE”

DE

JESUS E. VALENZUELA



MEXICO

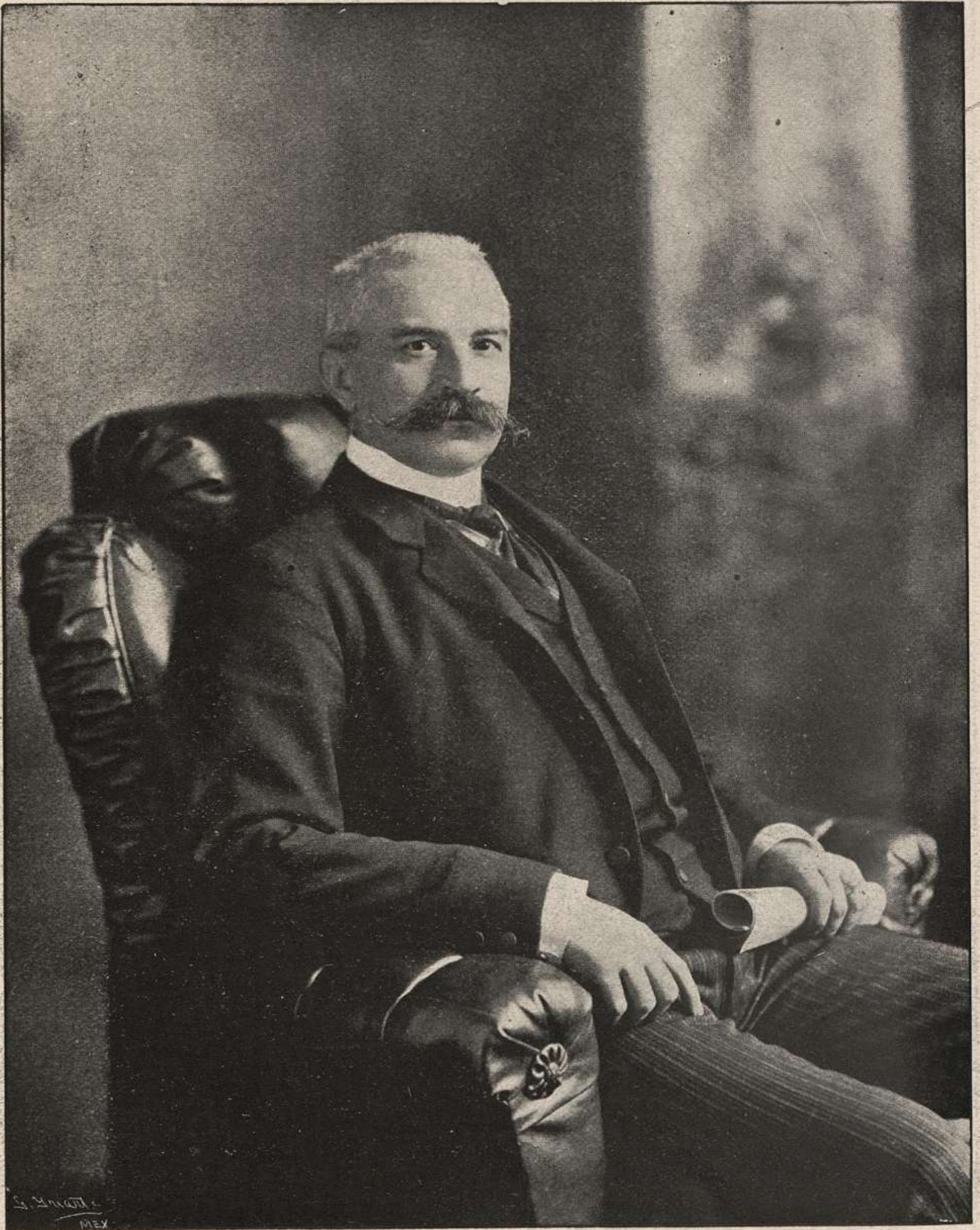
—  
IMPRESA DE IGNACIO ESCALANTE

San Andrés núm. 69.

1906

J. R. VELAS · 1900



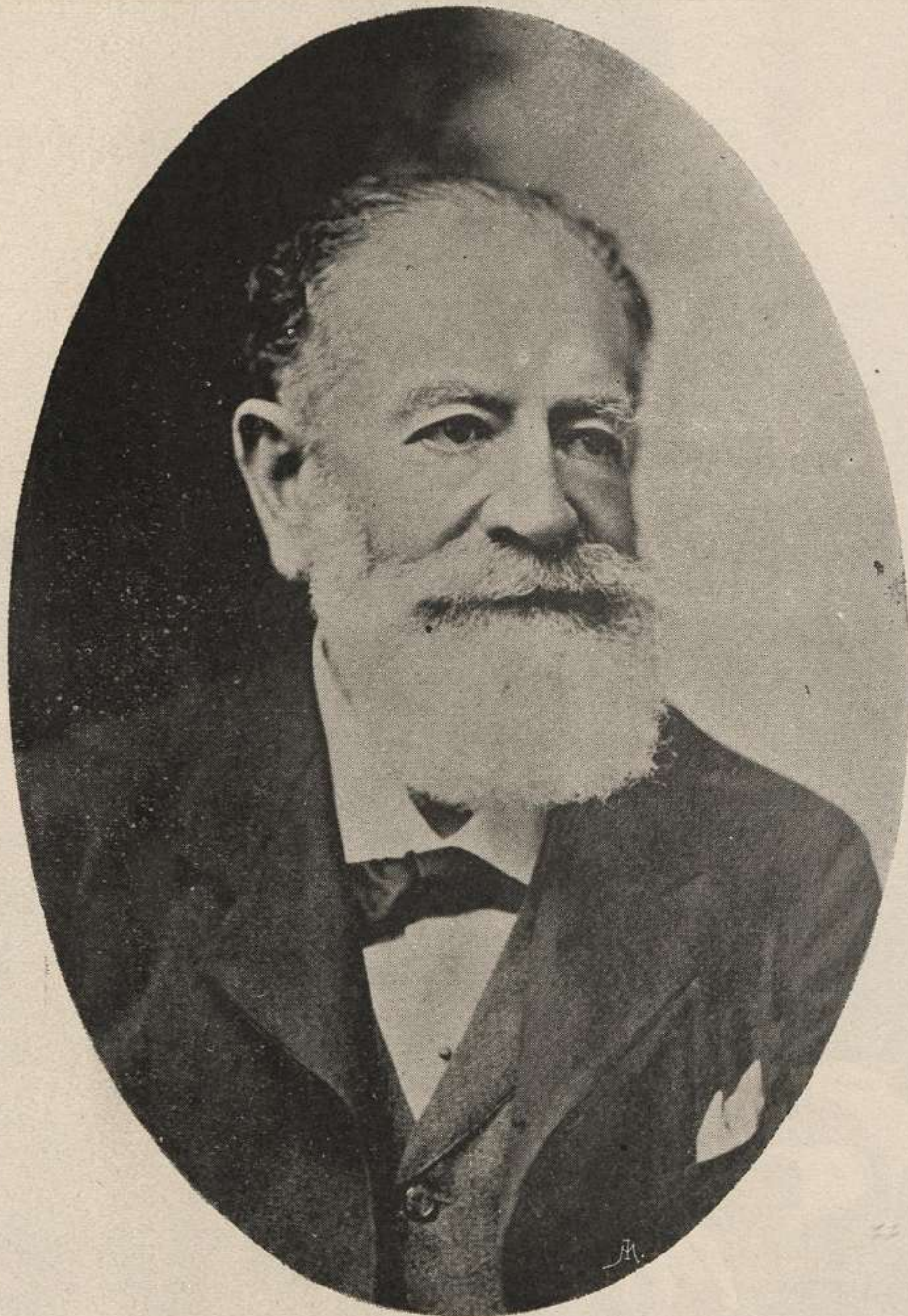


Sr. D. Ramón Corral.



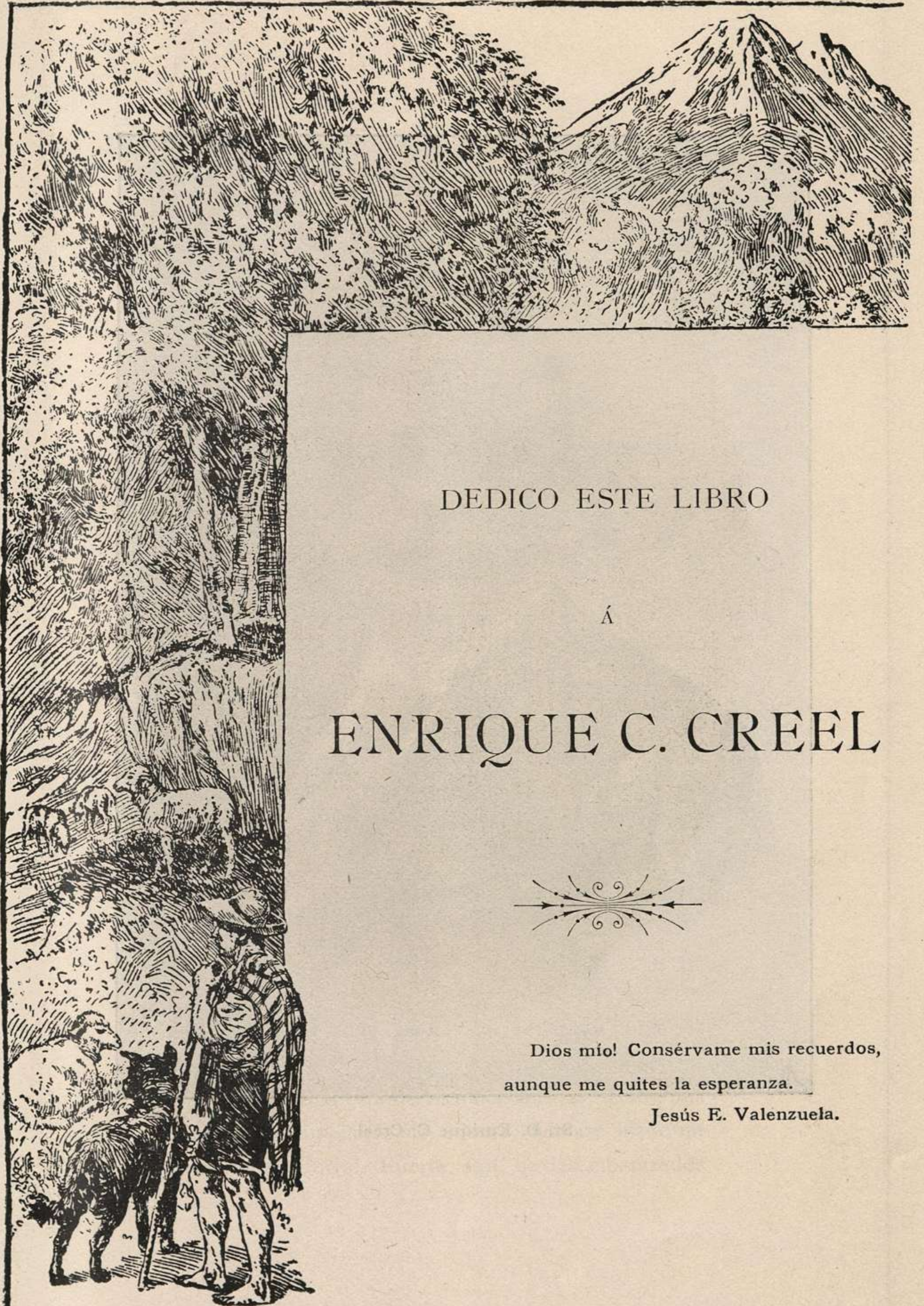






Luis Cerrazano





DEDICO ESTE LIBRO

Á

ENRIQUE C. CREEL

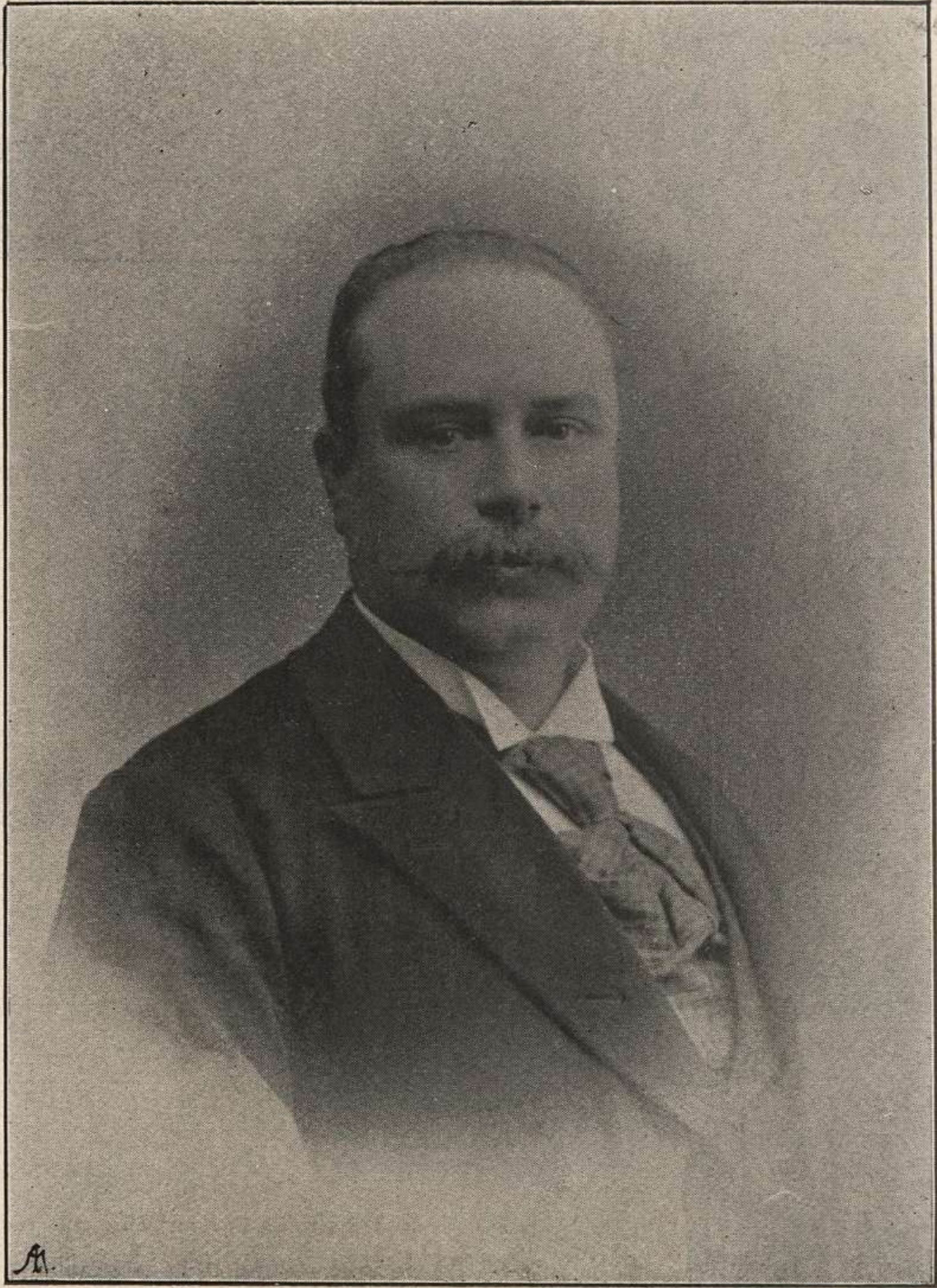


Dios mío! Consérvame mis recuerdos,  
aunque me quites la esperanza.

Jesús E. Valenzuela.

J. RUELAS 99





Sr. D. Enrique C. Creel.



## PRELIMINAR

---



ON qué grato perfume de botones de rosa me recreo al recuerdo de mis primeros años escolares! Recién llegado á Chihuahua, procedente de Álamos, adonde en la escuela conocí á Ramón Corral (Vicepresidente de la República en la ac-

tualidad), uno de los primeros con quienes hice conocimiento, fué con Enrique Creel, hoy Gobernador del Estado de Chihuahua. Iba yo escalando los primeros peldaños de la vida, con el alma abierta á todas las hondas impresiones que los seres y las cosas producen en la blanda cera de las almas nuevas. Entre mis infantiles compañeros de Sonora, habíase fijado mi atención en Corral. Fuerte, ágil, de desembarazados



movimientos, jovial, inteligente y fino; de semblante amable, pero enérgico, sobre cuya nariz aquilina irradiaba franca mirada luminosa, bajo amplia frente activa, no lo olvidé nunca en mis años posteriores; y hoy, al ocuparme de Creel, no sé por qué (ó lo sé demasiado) asocio á estos dos hombres en mis recuerdos. Á Creel, como á Corral, los conocí pobres; ambos son hijos, intelectuales y morales, de sí mismos, y la altura á que han llegado, la obtuvieron debido á sus propios esfuerzos, impulsados por su muy personal voluntad, pues es en ellos, como acrisolado diamante, el carácter, ese resorte rarísimo en nuestro medio y raza, que, más positivamente que la fe, es capaz de mover las montañas y apaciguar los mares.

Residía mi familia en una de las hondonadas más profundas de las vertientes del Pacífico, entre las monstruosas estribaciones de la gran *Sierra Madre*;



Barranca de la Sierra Madre de Chihuahua.



y al abandonar mi hogar, casi á la puerta, comencé á trepar, caballero en manso mulo, la brava senda en espiral hacia las cumbres altas de diez á once mil pies sobre el nivel del mar. En mi pueblo, en el fondo de la enorme barranca, nos agobiaba un clima tropical. Conforme iba ascendiendo, la brisa, más y más fresca, hería mi faz agradablemente al principio, después tornándose helada y tan desagradable, que me provocaba lágrimas; no precisamente por su crudeza, sino por el triste rumor que producía en la extraña flora que me iba envolviendo (encinos, pinos, madroños), y que al mover las frondas crujientes parecía prolongar el adiós recién dado á mis padres, cuyos brazos se me tendieron al partir, cual aquellos árboles seculares tendían los suyos en el espacio como buscando algo amado que se escapaba en el ambiente. . . . .



Rancho Tarahumar.



¿Dónde mis verdes naranjos de doradas pomas, mis esbeltos plátanos doblegados por sus racimados frutos, mis vocingleros cañaverales acendrados de miel? Lejos, ya muy lejos; abajo, allá muy abajo. Desde un abrupto estribo pude mirar la gran mancha de esmeralda de mi estrecho valle, surcada por débil cinta argentada: el río torrentoso. La ascensión continuaba, continuaba siempre; y al fin, mi paraíso había desaparecido, y hollaban mis plantas la cumbre helada y solemne; y mi primera noche en la tierra fría dejó huellas imperecederas en mi memoria con aquel decir de los pinos movidos rumorosamente por los vientos acelerados á las veces, hasta doblegarlos con las rachas ateridas que acabaron por desatarse bajo la nubazón, deshecha á las primeras horas de la mañana en blancas motas de nieve á mis ojos estupefactos. ¡Nieve! La veía por vez primera y caía, caía sin cesar, hasta cubrir el suelo por completo y quedarse, congelándose aún más, sobre y pendiente de las ramas en carámbanos tremulantes. El frío helaba mis huesos; pero la vista de aquel inmenso manto de nieve me helaba el corazón entristecido por la ausencia de los seres para mí más queridos. ¿Volvería á verlos? El niño lo dudaba absorto en el umbral de un mundo desconocido (¡ay! á mi buen padre, no, no le volví á ver). Tenía frío, mucho frío, en medio de la inmensa nevada; y miedo, mucho miedo, ante la naturaleza y la vida, que se ofrecían blancas como las azucenas, pero implacablemente frías. Alla-



nadas las cimas, por anchas mesetas frondosas y frecuentadas por venados, osos y pavos silvestres, bajo la gárrula alharaca de las cotorras retrasadas, que en bandadas huían á las barrancas, esquivando la nieve; y luego, por llanos que entonces me parecieron interminables (los de Ojos Azules), al fin de ocho días de un viaje incómodo, pero pintoresco, llegamos á Chihuahua, en una hermosa mañana llena de sol. Á distancia pude vislumbrar las bellas torres de la catedral, edificio de Tres Guerras; y ante la serena y graciosa harmonía de aquella arquitectura no presentida, me sacudió la primera sensación de arte.



Pilar Arenisca  
en la Sierra Madre.

Cursaba, breve tiempo después, aritmética y álgebra en el Instituto Literario del Estado; y vaya que apresuraba el paso hasta la carrera, cuando por las tardes salía del colegio para ir á buscar á Creel, que era ya mi amigo, al pequeño establecimiento comercial de su padre, adonde, aunque chicuelo, desempeñaba el cargo de primer dependiente, debiera decir, único. Iba yo con el margen repleto de problemas aprendidos en la cátedra; y ... vería Enrique, que presumía conmigo de hábil en *cuentas*; no resolvería una siquiera, me pensaba, con esa



inconsciente discolería de la infancia, y ya casi de noche, cariacontecido, tomaba rumbo á casa: las habia resuelto todas, y todavía más, me había propuesto otras nuevas para que le llevara las soluciones al día siguiente. ¡Y él no iba á la Escuela!

¿No era bastante, ó demasiado eso, para herir mi tierna imaginación? Allí comencé á conocer á Creel y á admirarlo. No era como Corral, resuelto, expedito, franco y viril. Era dulce, plácido; pero reflexivo, reservado y con ciertos amaneramientos de cura ó de mujer. Corral era todo, digámoslo así, salón de recibo y despacho; en Creel había más recámara que salón; pero había, también, un carácter. Era el *pendant* de mi otro hombre en ciernes. Y así hoy surgen en mis recuerdos estos dos muchachos en una asociación tan justa como sencilla.



Campamento en la Sierra.



No tuvimos Creel y yo, en esa época, compañerismos de jóvenes que comienzan á ser hombres, no, no era tiempo aún; de modo que este recuerdo florece entre todos los míos, como el más puro y blanco, con la blancura del primer copo de nieve que vieron mis ojos.

Un día tuve que marchar á México. No fué mi impresión tan honda como al partir de mi pueblo. Yo me consideraba ya casi un hombre, iba siendo un adolescente, y conocía la iglesia de Tres Guerras, al Gobernador Terrazas, y, sobre todo, había, de cerca, el año de 72, y abriendo los ojos como si pensara no volver á cerrarlos, visto al Señor General Don Porfirio Díaz —Porfirio Díaz decía toda la república, se le hablaba de *tú*, como á los dioses, en una explosión de popularidad que nunca ha alcanzado hombre alguno en México, sin excluir á Morelos;— y yo, yo sabía mucho del héroe, del caudillo, era ya un gran lector, y el 5 de Mayo, Miahuatlán, la Carbonera, el 2 de Abril y San Lorenzo y la toma de México y todos mis *cunables* recuerdos de la Intervención Francesa, me exaltaban hasta el éxtasis ante el hombre legendario. México me asombró: ¡qué movimiento! No conocí New York hasta muchos años después. Sin embargo, largos meses discutí el valor artístico de Catedral, ante mi iglesia de Chihuahua; ¡oh Catedral! perdóname, ¡cuánto te he admirado después!





Tarahumares corriendo con antorchas.

Con mis certificados de provincia pude ser inscrito en la Escuela Preparatoria de México. ¡La Escuela Nacional Preparatoria! El antiguo y majestuoso, aunque claustral, edificio de los Jesuitas, daba albergue á nuevos métodos sin cesar vilipendiados en los periódicos clericales de la época. La dirigía el Dr. Don Gabino Barreda. ¿Quién, entre las nuevas generaciones liberales de México, no venera este nombre? Él había roto con el *Humanismo*, que nada tenía de eso; y había, abriendo generosos manantiales de enseñanza moderna, substituido el estudio del latín con el de la matemática; con el de las ciencias físicas, las disquisiciones estériles de la vieja cátedra; y, sobre la química, la zoología, la botánica, erguido el estudio de la lógica positiva como un coronamiento definitivo de la gran obra. Y esto, sin olvidar la lengua cuya clase desempeñaba el eximio Don Rafael Angel de la Peña, y la literatura cuya enseñanza recibían



los preparatorianos de labios del gran Maestro Ramírez, el Nigromante. Los idiomas extranjeros tenían sus asignaciones respectivas y se daba una especial Academia de matemáticas, que desempeñaba el eminente astrónomo Don Francisco Díaz Covarrubias, autor del texto de «Cálculo Infinitesimal,» estudiado en la Escuela. Muchas futuras eminencias, salidas después de Medicina, Jurisprudencia, Ingenieros, etc., etc., conocí allí en la intimidad; pero tenían escuela, maestros, todo lo que podía exigirse para el cultivo intelectual y moral. ¡Pero Corral y Creel! Sólo un hombre fijó mi atención y me atrajo para siempre, como un planeta á un satélite: el profesor de Historia General, D. Justo Sierra, sucesor en la cátedra de D. Ignacio M. Altamirano. Porque ¡oh maestro! sólo tu bóveda craneana, donde apenas pudo anidar tu pensamiento, puede formar bóveda celeste al mundo de tu corazón!



Paraje en la Sierra.

Transcurridos algunos años, llegó Creel á la Ca-



pital. Éramos casi hombres. Él no venía de paseo. Creel se pasea después. Llegaba, lleno de esperanza y de aliento, á intentar el comienzo de una vida mercantil en alta escala. Traía muchas y buenas recomendaciones para el comercio de México. No excusó, ni mucho menos, mi compañía en sus ratos de tregua; pero especialmente dedicóse á su objeto, y hasta extralimitándose en su esfera de acción, volvió al terruño con un gran bagaje de mercancías que, realizadas con talentosa actividad, le formaron amplio y sólido escalón en su brillante carrera. No obstante su aplicación al trabajo, Creel no volvió entonces á Chihuahua, sin noción de México y sus hombres. Muy por lo contrario, se dió maña y tiempo para conocer y observar intensamente hombres y cosas, y aprender más y más; porque así aprende Creel (y sabe mucho, á las veces hasta lo he tomado por un erudito), al paso veloz de ferrocarril, con el mismo paso con que lleva adelante sus empresas, pareciendo, á los ojos de los imbéciles, abstraído en la acumulación de capital; pero en el fondo, viendo y compenetrándose de todo lo que le rodea, con una sutileza de jesuita y una profundidad de pensador. Nunca he creído más en los cien ojos de Argos, que contemplando á Creel en la facilidad dificultosa del aprovechamiento del tiempo.

Por el año de 1879, Creel y yo, llenos de juventud y de fe en el porvenir, girábamos, ya en el baile, ya en los paseos, ya en esas inolvidables fiestas que llaman *tardeadas* nuestros conterráneos, como mari-





Gruta.

posas anhelantes de quemarse las alas en la flámula del amor. Él era ya una entidad mercantil en Chihuahua. Yo, ¡oh pecado! cometía versos y calaveradas. El 15 de Septiembre de ese año, recité una oda patriótica en el Teatro ante el Gobernador Trias y numerosa concurrencia; al descender de la tribuna, el primero que me estrechó en los brazos fué Creel, radiante de gozo. Se sentía triunfante con mi triunfo (seré sincero, pese á la modestia), y me obsequió allí mismo con un *medio* de oro, adherido cuidadosamente á blanca cartulina llena de frases fraternales de entusiasmo, que no poco me alentaron y enorgullecieron.

Después. . . . Una tarde, al llegar, en New York, al comedor del *Gilsey House*, me encontró Don Juan Burns (¡inolvidable amigo!) y me dijo, bañando su



hermosa faz escocesa en una sonrisa radiosa: aquí está Creel.



Barranca.

La imperial ciudad nos vió, por muchos días, pasear por sus largas avenidas; elevados y coches, ferries y tranvías, nos llevaron á todos los sitios interesantes de ella. Entiendo que juntos escuchamos por primera vez á la Patti; y, prodigio de los prodigios, juntos hicimos la más hermosa excursión al Niágara, que, entre su manto de nieve, se deslizó á nuestra vista de profanos, como un dios que desciende del cielo cabalgando en trueno formidable, para hacer trepidar la tierra á su paso, embozándose en el nublado del agua



pulverizada que revuelve hacia arriba, condecorándose con las bandas del Iris, resplandeciente en el día, pálido y misterioso en las noches de luna, como si los dedos de rosa de una hada boreal desmenuzaran, entre una niebla de Groenlandia, un tenue polvo de ideal en un vago y lejano ensueño. La estrella polar brillaba, casi perpendicular, sobre nuestras cabezas. Yo escribí á Justo Sierra. Le volvería á escribir. Creel no dejó que dejáramos por ver algo, sobre ó debajo, de la inmensa catarata. Nos retratamos en el paisaje nevado. Nos instalamos en el lado inglés en un hotel frecuentado por altezas reales; pues el noble



Frente y perfil de aborigen.



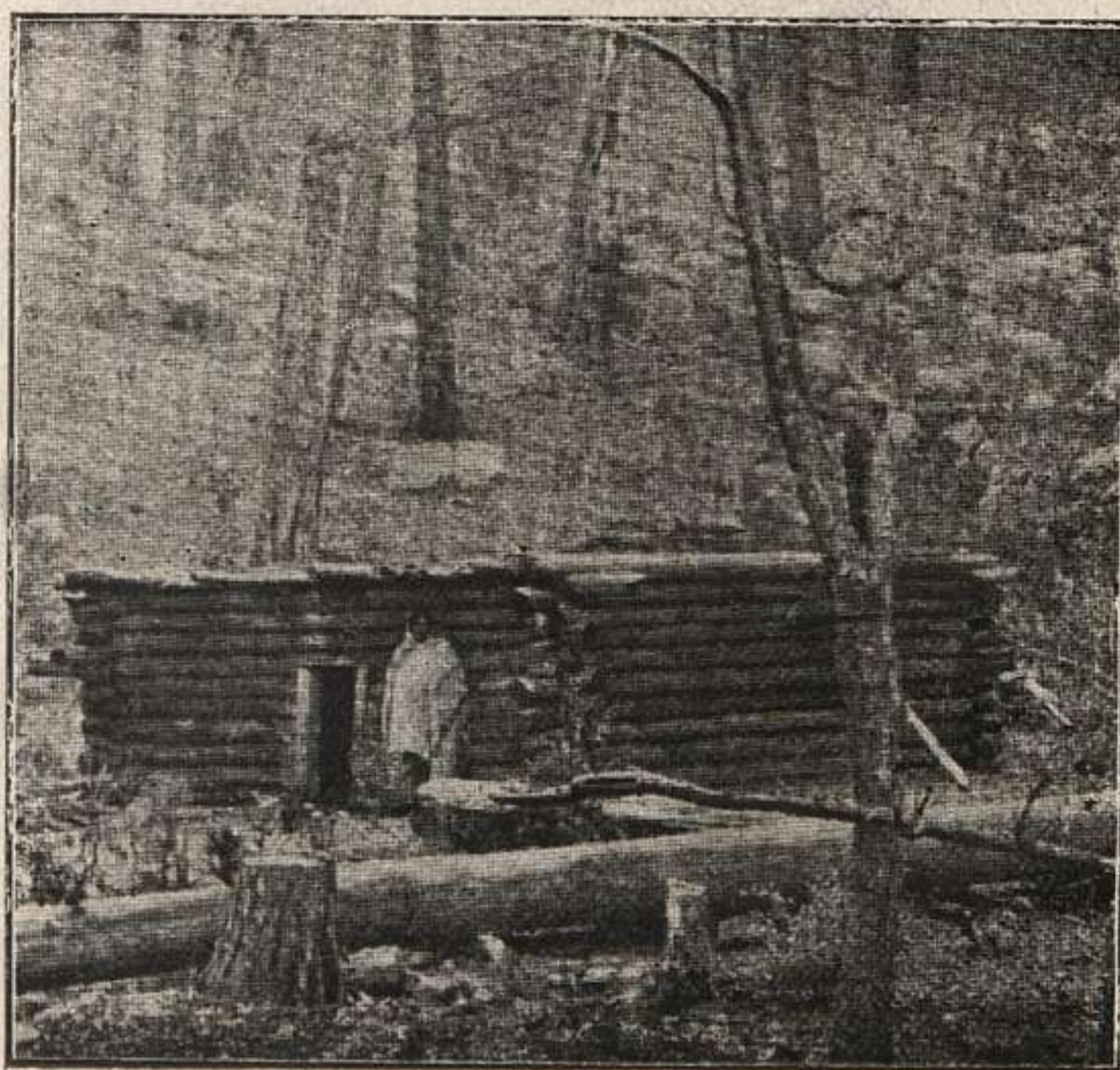
jefe de clan, Burns, se empeñó en resguardarnos con el escudo británico; y durante los días que allí permanecimos, nunca Creel me habló de los caballos de fuerza que pudieran utilizarse con aquella enorme caída; se sintió artista desde el primero hasta el último instante, y vió, admiró y se abismó en la contemplación como un prócer del Arte. ¡Oh Niágara, inolvidable y divino Niágara!

¿Y creerás tú, lector, que Creel perdió el tiempo? No, ya te he dicho su secreto. Al llegar en New York á nuestro hotel, todos los días encontraba nuestro departamento, inabordable por las innúmeras visitas de hombres de negocios, de millonarios, que tenía Creel. En aquellas conversaciones rodaban las cifras como la masa líquida del Niágara. Creel era una potencia nueva en el campo humano, un anticipado Japón en el consejo de las naciones.

Como fundador é impulsador de varias grandes empresas industriales ó bancarias, mineras ó agrícolas, Creel era ya universalmente conocido; pero faltaba una cuerda á la lira, y pasados algunos años, un día se reveló como hombre de Estado. Entre los actuales Gobernadores de las entidades federativas de la República, nadie, con más inteligencia, más energía, más competencia moral, dirige la cosa pública en su demarcación política. La construcción de enormes presas (única solución del problema agrícola y urbano en la frontera) para la captación del agua en la abundancia necesaria, el establecimiento de fundicio-



nes para el beneficio de los abundantes minerales del Estado, la entubación de las aguas, y el drenaje en las poblaciones, la fundación de Escuelas especiales, agrícolas, de comercio y de artes y oficios, la disciplina y la pureza en el manejo de fondos en los diversos servicios de la administración, el mejoramiento constante de la seguridad pública, etc., etc., no obstan en nada en Creel, para el adelantamiento de la instrucción pública. Todos los días se fundan en Chihuahua nuevas escuelas de niños y de niñas, más de la tercera parte del presupuesto de ingresos se aplica á ellas; y, todavía, ha emprendido la tarea misericordiosa de galvanizar á 40 ó 50 mil indios tarahumares perdidos en las cumbres y grandes abras de la *Sierra*



Curanderos indígenas.



*Madre*, llevando el alfabeto á aquellos pobres despojados, que graves y silenciosos, languidecen y mueren sobre las tierras ajenas á la caricia, ruda pero fecunda, del arado, sin patria, casi sin Dios; y sin sospechas, quizás, de que existe entre los abrojos punzantes de la humana existencia, una flor, llena de color y de perfume, para el alma de los hombres, que se llama *esperanza!*

Á imitación del Gobierno general, el de Creel ha fundado un Consejo Superior de Educación Pública en Chihuahua, que sigue hábilmente y muy de cerca los pasos del del Distrito Federal; comprendiendo que un Consejo que cuenta como Presidente al Lic.



Joven y vieja india.



D. Justo Sierra, Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, y como miembros á Ezequiel A. Chávez, los dos Macedo, Raigosa, Porfirio Parra, Rosendo Pineda, Licéaga, Terrés, Martínez, Rabasa y tantas y tantas otras eminencias científicas y pedagógicas del país, merece ser secundado, paso á paso, en sus trabajos intelectuales, á fin de llevar á los Estados, algo, si no todo, de las reformas y perfeccionamientos en la educación nacional, ya que, por desgracia, no se ha centralizado definitivamente la instrucción pública como debía hacerse, para formar así una cohesión harmónica: el alma nacional.

Como muchos, no creo en los hombres necesarios; pero si creo, como todos, en los hombres útiles. Desgraciadamente el espíritu humano está amasado en mezcla impura de virtud y de vicio, de fuerza y debilidad. Junto á las grandes dotes es donde se encuentran, en general, los grandes defectos, y el humano más intransigente (por lo regular lo son los menos aptos) no debe exigir más que, lanzados á los fieles platillos de la severa balanza, lo bueno y lo malo, supere en peso lo primero. Exigencia más premiosa sería estúpida y ridícula. Como financiero, Creel ha contribuido al acrecentamiento de la riqueza y del bienestar económico del país, como ningún otro particular en México. En la distribución de la riqueza que personalmente ha sabido acumular, las mayores empresas de la república son muestra de lo que vale este poderoso impulsador, audaz como un



armado caballero de la antigua conquista, sin que esto le lleve á olvidar á los que bregan por el pan del cuerpo ó del espíritu. Él ha pensionado á varios jóvenes aptos en Europa, jóvenes que hoy son verdaderas glorias nacionales: citaré al gran orador Urueña; y muchos libros de sabios y poetas han visto la luz gracias á él: citaré la lógica de Parra, y la obra poética última de Nervo. El pianista Villaseñor ha realizado su viaje á Viena, gracias á Casasús y á Creel. En fin, en Creel encuentran seguro apoyo los talentos sin dinero ó desadinerados. Y en el actual movimiento nacional, que ha tenido, por fortuna, un director como Porfirio Díaz, y colaboradores como Pacheco en Fomento y Limantour en Hacienda, Creel, entre otros muchos nombres que han despuntado como de gran competencia, á la altura de las circunstancias, y patriotas, á la altura del patriotismo del Presidente de la República, ocupa un lugar que merece, y por lo cual sólo reportan bienes el Estado que gobierna y el país.

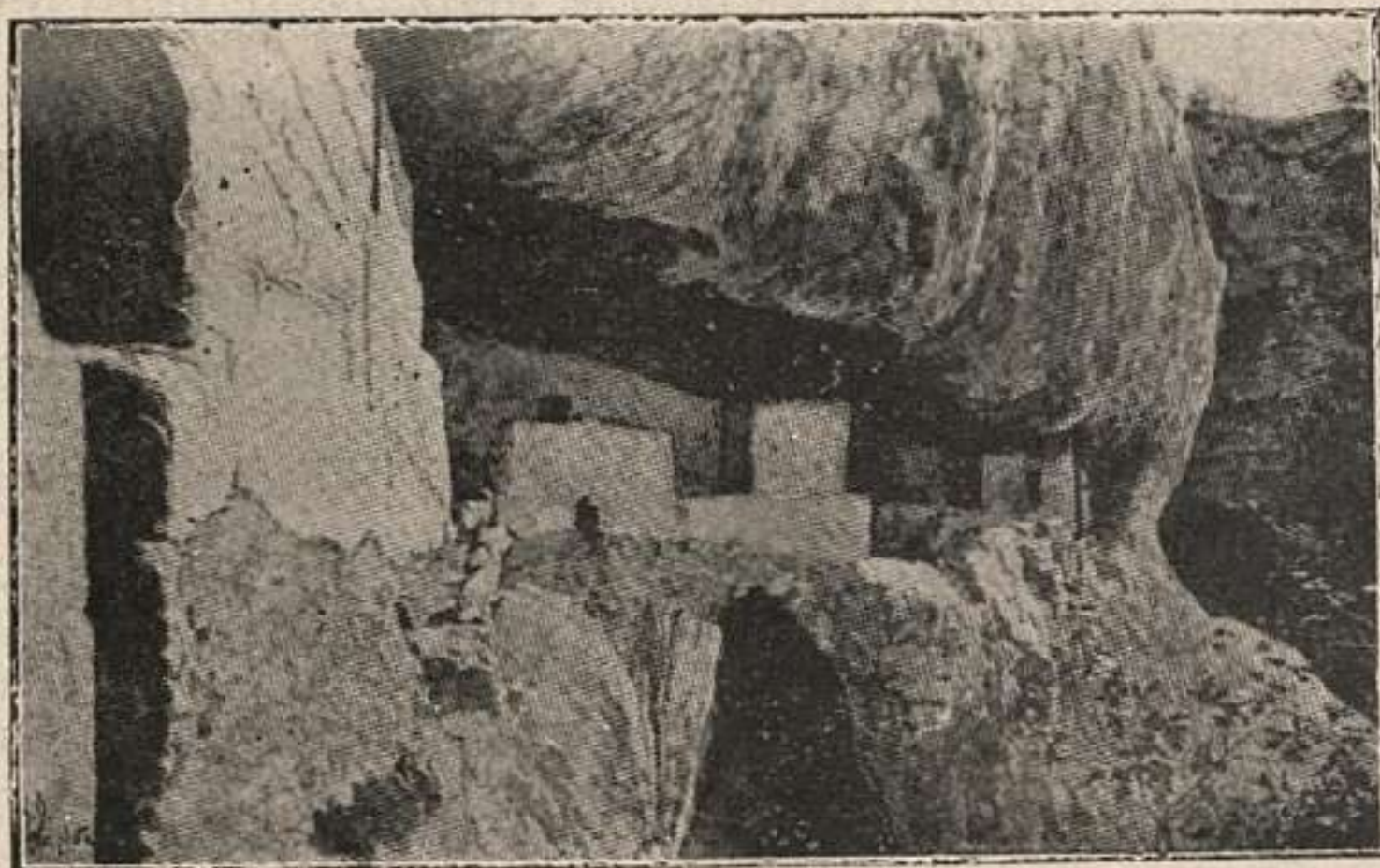


Indios pescando.



No faltará quien diga que le dedico este libro porque es Gobernador; bien sabe él que no; ó porque es rico, él sabe mejor que nuestros intereses materiales no se compadecen. Se lo he dedicado por mis recuerdos, por mi amor á la justicia. Yo lo he visto en la orfandad, puede decirse; pobre, como cliente de Catón, no arredrarse; no tener escuela y suplirla con su asiduidad y sus aptitudes. Cuando un hombre de nada, ó mejor dicho, con infatigable labor y rara fuerza de carácter, hace el fuerte cimiento de su fortuna económica y de su posición política, sólo la más dura y deplorable envidia, ó la más negra ó crasa ignorancia, pueden pretender empañar reputación hecha en la lucha por el bien propio, que es siempre la base del bien general. El egoísmo es una forma del amor, siempre que no degenera en vicio. Para hacer fortuna hay que pulir muchas asperezas, y al frotar la lima el metal de ellas, raspa, hiere y maltrata. Los pobres son muy generosos, porque no están en condiciones de poder dar; y exigen de los ricos, con ruda exigencia, que apaguen el hambre de los hambrientos, nada más porque á ellos no les cuesta nada la caridad, sino ver que la mayoría de los que no tienen dinero, no le tienen por su amor á la ociosidad ó al vicio. El trabajo, con raras excepciones, siempre es recompensado con el éxito. Los pobres, por sólo el hecho de serlo, se creen con el derecho de hacer que los ricos den. Hay muchos que blasonan de pobres, casi pordioseros, como un acto de honradez. Mentira. Yo conozco muchos ricos





Exterior de las habitaciones indígenas.

honrados y muchos pobres que no lo son. Y más todavía: á una gran cantidad de pobres que lo son por su incuria, su desamor al trabajo, sus vicios ó su falta de vergüenza. Y á mayor abundamiento hay multitud de gentes que se empeñan en vivir del trabajo de los demás; y no escasean. Y no por lo que digo creas, lector amigo, que soy un rico. Nada de eso; pero he podido ver un día al mundo desde las alturas. Cuando lo fui, por alguna obra de buena caridad que pude hacer, el engaño, el fraude, la mentira ó la estafa, se llevaron los mejores bocados. De pobre he visto cómo, por uno que merece la protección del prócer, hay una nube de zánganos que únicamente propende á vivir de las rentas de los poderosos, sin escrúpulo ninguno.

Para concluir: dedico este libro á Creel, por muchas más razones de las que he expuesto ya: y en último caso, como vulgarmente se dice, porque se me da la gana.

JESÚS E. VALENZUELA.



rapiñas y de violencia, los europeos aprendieron á conocer la extensión y la configuración de la tierra. A medida que avanzaban en este conocimiento, extendían sus destrucciones. Hoy todavía, los blancos no comunican con los negros ó los amarillos, sino para sujetarlos ó asesinarlos. Los pueblos á quienes llamamos bárbaros, no nos conocen aun más que por nuestros crímenes.

Sin embargo, esas navegaciones, esas exploraciones intentadas con un espíritu de avaricia feroz, esas vías de tierra y de mar abiertas á los conquistadores, á los aventureros, á los cazadores de hombres, y á los traficantes de hombres, esas colonizaciones exterminadoras, ese movimiento brutal que impulsó é impulsa aún á una mitad de la humanidad para destruir la otra mitad, son las condiciones fatales de un nuevo progreso de la civilización, y los medios terribles que habrán preparado para un porvenir no determinado aún, la paz del mundo.

Esta vez es la tierra entera la que se encuentra llevada hacia un estado comparable, á pesar de enormes diferencias al estado del Imperio romano bajo Augusto. La paz romana fué la obra de la conquista. Seguramente la paz universal no se realizará por los mismos medios. Ningún imperio, ahora, puede pretender á la hegemonía de las tierras y de los océanos que cubren el globo, por fin medido y conocido. Pero por ser menos aparentes que los de la dominación política y militar, los lazos que comienzan á unir á la humanidad entera, y no á una parte de la humanidad, no son menos reales; y son á la vez más flexibles y más sólidos, son mas íntimos é infinitamente variados, puesto que se enlazan, á través de las ficciones de la vida pública, á las realidades de la vida social. La multiplicidad creciente de las comunicaciones y de los intercambios, la solidaridad forzada de los mercados financieros de todas las capitales, de los mercados comerciales que se esfuerzan en vano por garantizar su independencia por medio de desdichados expedientes, el rápido crecimiento del socialismo internacional,

parecen deber asegurar, tarde ó temprano, la unión de los pueblos de todos los continentes. Si á esta hora el espíritu imperialista de los grandes Estados y las ambiciones soberbias de las naciones armadas, parecen desmentir esas previsiones y condenar esas esperanzas, se observa que en realidad el nacionalismo moderno no es más que una aspiración confusa hacia una unión de más en más vasta de las inteligencias y de las voluntades, y que el sueño de una Inglaterra más vasta, de una Alemania más grande, de una más grande América, conduce, á pesar de lo que se quiera ó lo que se haga, al sueño de una humanidad más grande y á la asociación de los pueblos y de las razas, para la explotación en común de las riquezas de la tierra . . .

Interrumpiendo este discurso el hosteleiro en persona, trajo la sopera humeante y el queso rayado.

Y Nicolás Langelier, entre el vapor caliente y perfumado de la sopa, concluyó en estos términos:

—Sin duda, habrá guerras aún. Los instintos feroces, unidos á las ambiciones naturales, el hambre y el orgullo, que han turbado el mundo durante tantos siglos, lo turbarán aún. Las masas humanas no han encontrado todavía su equilibrio. La penetración de los pueblos no es aún bastante metódica para asegurar el común bienestar por la libertad y la facilidad de los cambios; el hombre no ha llegado á ser aún en todas partes respetable para el hombre; todas las partes de la humanidad no están aún próximas á asociarse armoniosamente para formar las células y los órganos de un mismo cuerpo. No les será dado ni aun á los más jóvenes entre nosotros, ver cerrarse la era de las armas. Pero esos tiempos mejores, que no conoceremos, los presentimos. Al prolongar en el porvenir la curva comenzada, podemos determinar de antemano el establecimiento de las comunicaciones más frecuentes y más perfectas entre todas las razas y todos los pueblos, un sentimiento más general y más fuerte de la solidaridad humana, la organización racional del traba-



jo y el establecimiento de los Estados Unidos del mundo.

La paz universal se realizará un día, no porque los hombres lleguen á ser mejores (no es permitido esperarlo), sino porque un nuevo orden de cosas, una ciencia nueva, nuevas necesidades económicas les impondrán el estado pacífico como antaño, las condiciones mismas de su existencia los colocaban y los mantenían en estado de guerra.

—Nicolás Langelier, se ha deshojado una rosa en vuestro vaso, dijo Giacomo Boni. Eso no ha sucedido sin el consentimiento de los dioses. Bebamos por la paz futura del mundo. José Leclerc levantó su vaso:

—Este vino de Chianti es de picante sabor, y forma leve espuma. Bebamos por la paz, mientras que los Rusos y los Japoneses combaten obstinadamente en Manchuria y en el golfo de Corea.

—Esta guerra, continuó Langelier, marca una de las grandes horas de la historia del mundo. Y para comprender el sentido, hay que remontarse á dos mil años atrás.

«Ciertamente, los romanos no suponían la grandeza del mundo bárbaro, y no tenían idea alguna de esas inmensas exclusas humanas, que un día debían reventar sobre ellos y sumergirlos. No sospechaban que pudiera haber en el universo otra paz que la paz romana. Y, sin embargo, existía otra más antigua y más vasta, la paz china.

No era que sus mercaderes no estuvieran en relación con los mercaderes de la Sérica. Estos llevaban la seda cruda á un lugar, al norte de la meseta de Panni, llamado la Torre de Piedra. Los negociantes del imperio acudían allí. Traficantes latinos más audaces penetraron en el golfo de Tonkin, y á las costas chinas hasta Hag-Tchau-Fu ó Hanoi.

Sin embargo, los romanos no se imaginaban que la Sérica formara un imperio más poblado que el suyo, más rico, más avanzado en la agricultura y en la economía política. Los chinos, por su lado, conocían á los hombres blancos. Sus anales

mencionan que el emperador Au-Thun, en quien reconocemos á Marco Aurelio Antonino, les envió una embajada que no era, tal vez, sino una expedición de navegantes y mercaderes. Pero no sabían que una civilización más agitada y más violenta que la suya, y más fecunda también é infinitamente más expansiva, se extendía sobre una de las faces de ese globo, del que ellos cubrían la otra faz: agricultores y jardineros llenos de experiencia, comerciantes hábiles y probos, vivían dichosos, gracias á sus métodos de cambio y á sus vastas asociaciones de crédito. Satisfechos de su ciencia sutil, de su urbanidad exquisita, de su piedad verdaderamente humana y de su inmutable sabiduría, no se sentían curiosos, sin duda, de conocer la manera de vivir y de pensar de esos hombres blancos, venidos del país de César. Y, tal vez, los embajadores de Au-Thun le parecieron un poco groseros y bárbaros.

Las dos grandes civilizaciones, la amarilla y la blanca, continuaron ignorándose, hasta el día en que los portugueses, tras de doblar el cabo de Buena Esperanza, llegaron, para comerciar, á Macao. Los mercaderes y los comerciantes cristianos se establecieron en China, y se entregaron á toda especie de violencias y de rapiñas.

Los chinos los sufrían como hombres acostumbrados á las obras de paciencia y, maravillosamente, capaces de soportar los malos tratamientos; mas, sin embargo, los mataban, en ocasiones, con todas las delicadezas de una fina crueldad. Los Jesuitas provocaron, en el Imperio del Centro, durante más de tres siglos, incessantes desórdenes. En nuestros días, las naciones cristianas tomaron la costumbre de enviar, juntos ó separadamente, á ese gran Imperio, cuando el orden se alteraba, soldados que lo restablecían por el robo, el saqueo, el asesinato y el incendio, y de proceder con breves intervalos, por medio de fusiles y cañones, á la penetración pacífica del país. Los chinos inermes no se defendían, ó se defendían mal; se les asesinaba con agradable facilidad. Son po-



líticos y ceremoniosos, pero se les reprocha el abrigar pocas simpatías por los europeos. Tenemos contra ellos agravios, que se parecen mucho á los que el Sr. Du Chailu tenía contra su gorila. El Sr. Du Chailu mató en una selva, á balazos, á la madre de un gorila. Muerta, apretaba aún á su pequeño entre sus brazos. El se lo arrancó, arrastrándolo consigo, en una jaula, á través del Africa, para venderlo en Europa. Pero aquel animalito le dió justos motivos de queja. Era insociable; se dejó morir de hambre. «Fuí impotente, decía el Sr. Du Chaillu, para corregir su mal instinto.» Nosotros nos quejamos de los chinos con tanta razón, como el Sr. Du Chaillu de su gorila.

En 1901, habiéndose trastornado el orden en Pekín, los ejércitos de las cinco grandes potencias, bajo el mando de un feld-mariscal alemán, lo restablecieron por los medios acostumbrados. Después de haberse así cubierto de gloria militar, las cinco potencias firmaron uno de los innumerables tratados, por los cuales garantizan la integridad de esa China, de quien se reparten las provincias.

«La Rusia, por su parte, ocupó la Manchuria, y cerró la Corea al comercio del Japón. El Japón, que, en 1894, había derrotado á los chinos en mar y tierra, y participado, en 1901, en la acción pacífica de las potencias, vió, con una rabia fría, avanzar á la osa voraz y lenta. Y, en tanto que la bestia enorme alargaba indolentemente el hocico hacia la colmena nipona, las abejas amarillas, armando á la vez sus alas y sus agujones, la acribillaron de piquetes inflamados.

«Es una guerra colonial,» decía expresivamente un gran funcionario ruso á mi amigo Jorge Bourdon. Ahora bien, el principio fundamental de toda guerra colonial, es que el europeo sea superior á los pueblos que combate; sin lo cual la guerra no es ya colonial; eso salta á los ojos. Conviene, en esta clase de guerras, que el europeo ataque con artillería, y que el asiático ó el africano se defienda con flechas, masas, saga-

yas y *tomahawks*.» Se admite que se haya procurado algunos viejos fusiles de chispa y cartucheras; eso hace la colonización más gloriosa. Pero, en ningún caso debe estar armado é instruido á la europea. Su flota se compondrá de juncos, piraguas y canoas ahuecadas en tronco de árbol. Si ha comprado navíos á armadores europeos, estos navíos estarán fuera de uso. Los chinos que guarnecen sus arsenales de obuses de porcelana, están dentro de las reglas de la guerra colonial.

«Los japoneses están separados. Hacen la guerra, según los principios enseñados en Francia por el general Bonnal. Sobresalen mucho á sus adversarios por el saber y la inteligencia. Batiéndose mejor que los europeos, no tienen consideración por los usos consagrados, y obran de una manera contraria, en cierto modo, al derecho de gentes.

En vano personas graves, como Mr. Edmond Thery, les demostraron que debían ser vencidos, en el interés superior del mercado europeo, conforme á las leyes económicas mejor establecidas. En vano, el prócsul de la Indo China, Mr. Doumer mismo, los conjuró á sufrir, á breve plazo, derrotas decisivas en tierra y mar. «Qué tristeza financiera ensombrecería nuestros corazones, exclamaba ese grande hombre, si Besobrazof y Alexeief no extrajeran ya ningún millón de las selvas coreanas! ¡Son reyes! Yo fui rey como ellos: nuestras causas son comunes. ¡Oh, nipones! imitad en dulzura á los pueblos cobrizos, sobre los cuales yo reiné gloriosamente en tiempos de Méline.» En vano el Dr. Carlos Richet les representó, con un esqueleto en la mano, que eran prognatas y que, no teniendo los músculos de la pantorrilla suficientemente desarrollados, se encontraban en la obligación de huir á los árboles, ante los rusos que son braquicéfalos y, como tales, eminentemente civilizadores, como se comprobó cuando ahogaron cinco mil chinos en el río Amur. «Tened cuidado, que sois intermediarios entre el mono y el hombre —les decía con protección el señor profesor Ri-



chet,— de lo que resulta que si derrotáis á los rusos, ó fino-letto-ougro-eslavos, sería exactamente como si los monos os derrotaran á vosotros.»

Los japoneses nada quisieron oír.

Lo que los rusos pagan en este momento en los mares del Japón y en las gargantas de Mandchurin, no es solamente su política, ávida y brutal, en Oriente, es la política colonial de Europa entera. Lo que expían, no son solamente sus crímenes, son los crímenes de toda la cristiandad, militar y comercial. No intento decir por esto que exista una justicia en el mundo. Pero se miran extraños retornos de las cosas; y la fuerza, único juez y amo de las acciones humanas, da de repente saltos inesperados. Sus bruscos desplantes rompen un equilibrio que se creía estable. Y sus juegos, que no están jamás sin una regla oculta, operan golpes interesantes. Los japoneses pasan el Yalú, y baten con precisión á los rusos en Mandchuria. Sus marinos destruyen elegantemente una flota europea. Y al punto discernimos un peligro que nos amenaza. Si existe, ¿quién lo ha creado? No son los japoneses los que han venido á buscar los rusos. A esta hora descubrimos el peligro amarillo. Hace ya muchos años que los asiáticos conocían el peligro blanco. El saqueo del Palacio de Estío, la carnicería de Pekín, los ahogados de Blagovetchensk, el desmembramiento de la China, ¿no eran acaso asuntos de inquietud para los chinos? ¿Y los japoneses se sentían en seguridad bajo los cañones de Puerto Arturo? Nosotros hemos creado el peligro blanco. El peligro blanco ha creado el peligro amarillo. Esos encadenamientos son los que dan á la vieja Necesidad que gobierna al mundo, una apariencia de Justicia divina, y se admira la sorprendente conducta de esta reina ciega de los hombres y de los dioses, cuando se ve al Japón, tan cruel antes para chinos y coreanos, al Japón, cómplice gratuito de los crímenes de los europeos en China, hacerse el vengador de la China y la esperanza de la raza amarilla.

No parece, sin embargo, á primera vis-

ta, que el peligro amarillo, del que los economistas europeos se espantan, sea comparable al peligro blanco suspendido sobre Asia. Los chinos no envían á Paris, á Berlín, á San Petersburgo, misioneros para enseñar á los cristianos el *fung-chui* y sembrar desorden en los asuntos europeos. Ningún cuerpo expedicionario chino ha descendido en la bahía de Quiberon para exigir al gobierno de la República la «extraterritorialidad,» es decir, el derecho de juzgar por un tribunal de mandarines las causas pendientes entre chinos y europeos. El almirante Togo no ha venido con doce acorazados á bombardear la rada de Brest, con el fin de favorecer el comercio japonés en Francia. La flor del nacionalismo francés, la crema de nuestros *Trublions*, no ha sitiado en sus hoteles de la avenida Hoche y Marceau, las legaciones de la China y del Japón, y el mariscal Oyama no ha traído, en consecuencia, los ejércitos combinados del Extremo Oriente sobre el bulevar de la Magdalena, para exigir el castigo de los *Trublions xénófobos*. No ha incendiado á Versalles en nombre de una civilización superior. Los ejércitos de las grandes potencias asiáticas no se han llevado á Tokio y á Pekín los cuadros del Louvre y la vajilla del Eliseo.

¡No! El mismo Mr. Edmond Thery conviene en que los amarillos no son lo bastante civilizados para imitar á los blancos con tal fidelidad. Y no preve que nunca se eleven hasta una tan alta cultura moral. ¿Cómo tendrían nuestras virtudes? No son cristianos. Pero los hombres competentes estiman que el peligro amarillo, para ser económico, no es menos espantoso.

El Japón y la China, organizada por el Japón, nos amenazan con hacernos, sobre todos los mercados, una competencia temible, monstruosa, enorme y disforme, cuya sola idea hace que se paren de punta los pelos de los economistas. Por eso es por lo que los japoneses y los chinos deben ser exterminados. No hay duda. Pero es preciso, entonces, declarar la guerra á los Estados Unidos, para impedir á sus metalurgistas